

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXXI

San José, Costa Rica **1936** Jueves 17 de Junio

Núm. 23

Año XVII — No. 758

SUMARIO

Don Roberto Cunninghame Graham	B. Sanín Cano	3 cuentos nuevos	Rómulo Tovar
Cunninghame Graham	Enrique Naranjo Martínez	La literatura femenina de América	Julieta Carrera
Versos nuevos	Gris	Poema	Gutiérrez Albelo
Maneras de ser	Victoria Ocampo	Noticia de libros	
Cuatro venturanzas más	Max Jiménez	Los señoritos	Luis Santullano
La tragedia venezolana	Carlos Pereyra	André Gide y nuestro tiempo	Jorge Carrera Andrade
La dignidad plástica	Max Jiménez	Cómo conocí a André Gide	María Teresa León
¡Es puro fariseísmo!	Juan del Camino		

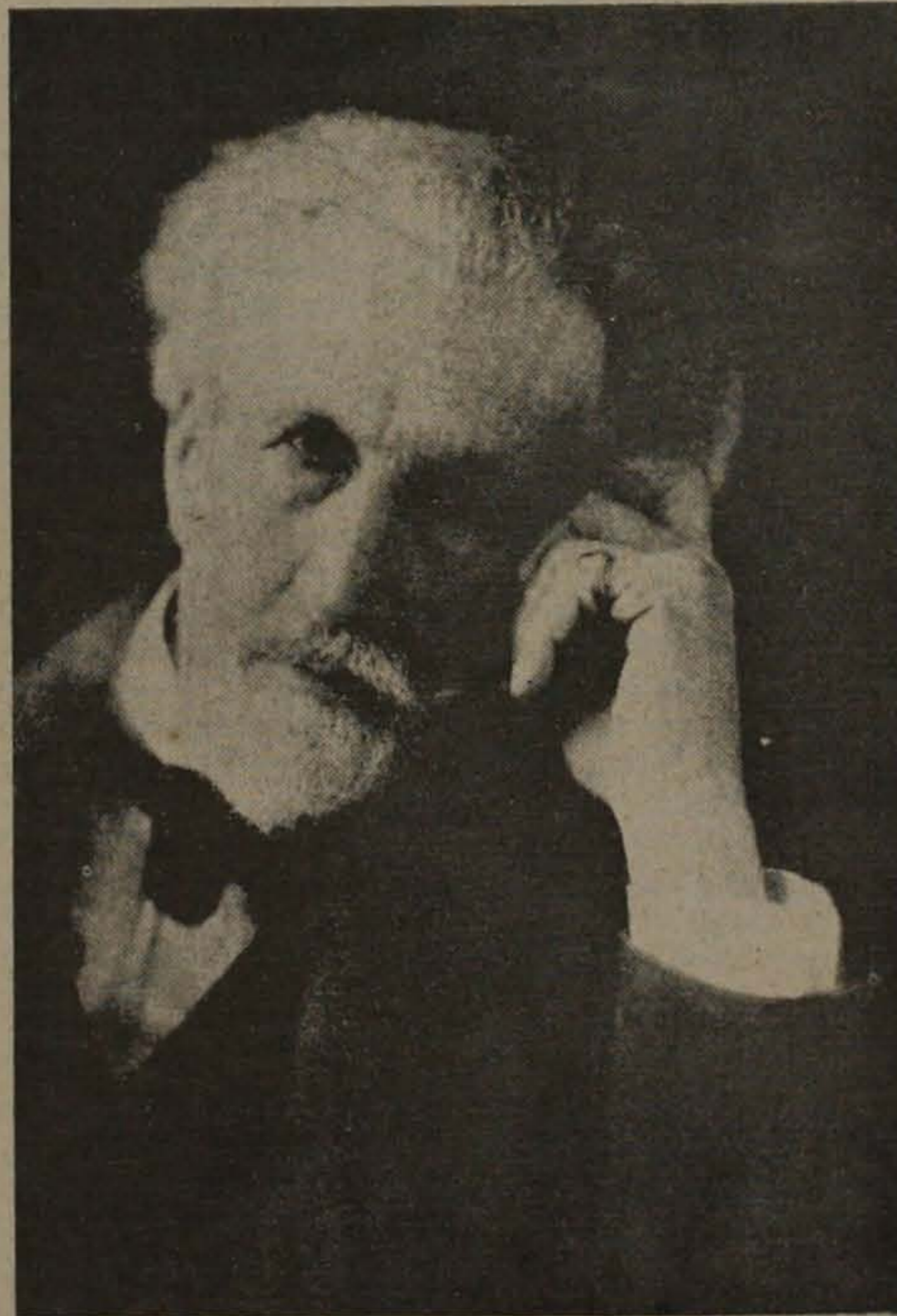
Don Roberto Cunninghame Graham

Por B. SANIN CANO

= De El Tiempo, Bogotá, Marzo 29 de 1936. =

Los literatos colombianos que no conozcan el nombre de Cunninghame Graham y de algunas de sus obras sufren de lo que llaman los teólogos ignorancia invencible. Escribió dos libros acerca de la historia, la naturaleza y las costumbres de nuestro país y fué amigo de casi todos los colombianos amantes de las letras o interesados en los problemas vitales que pasaban por Londres o hacían larga demora en esa ciudad. Pérez Triana, S. Restrepo, José María Núñez, Antonio José Restrepo, Tomás Eastman, E. Zuleta, Roa, Joaquín F. Vélez y otros muchos residentes o transeúntes gozaron de su trato en las hospitalarias riberas del Támesis, y admiraron su nativa gracia de conversador y buen camarada. Sus relaciones con Pérez Triana despertaron en él simpatías por los colombianos y por todo lo relativo a Colombia. Al estallar la guerra de 1914 era Colombia el único país de América no visitado por él; pero su curiosidad insaciable de ver y apreciar nuevos horizontes y gentes desconocidas le impulsaba hacia las costas meridionales del Caribe. Visitó el país en 1917 en muy desfavorables circunstancias para nosotros. Vino a estudiar las posibilidades de hacer un negocio de ganado para muchos años, pero una diplomacia incomprensiva y lenta desvaneció sus planes. Colombia en 1917 no debía de ofrecer un espectáculo muy agradable al viajero llegado de Londres con la visión fresca de la Argentina, el Uruguay y el Brasil en las receptivas y penetrantes pupilas.

De su viaje, sin embargo, sacó una impresión duradera. Se enteró de que los conquistadores habían hallado en la meseta central de los Andes septentrionales una cultura moribunda, no tan rica ni tan interesante como la de los aztecas o los incas, pero digna de estudio por muchos de sus aspectos. Escribió "La Con-



R. Cunninghame Graham

quista de Nueva Granada". Recorrió el valle del Magdalena, las sabanas de Bolívar, las ciudades del Atlántico y compuso y escribió "Cartagena y las riberas del Sinú". En sus colecciones de artículos posteriores a aquella fecha hay descripciones del paisaje magdalenense y de la vida natural en esas regiones de un poder evocativo irresistible y de una realidad lacerante.

Si es verdad que las facilidades de tránsito y la capacidad de movilizarse constituyen uno de los mejores índices para medir la civilización del mundo y de sus

gentes, Cunninghame Graham, don Roberto, como le llamaban sus amigos, ingleses, españoles y americanos, era el modelo perfecto del hombre moderno y del supercivilizado. No es posible decir en qué metro cuadrado del planeta dejó de posarse su planta o el callo de sus corceles. Conocía y respetaba el mundo musulmán como el cristiano y el budista. En el norte del mundo, a las horas del verano, se hallaba tan bien como en el trópico. Apreciaba las costumbres de Teherán con la misma generosa moral que las de la Boca en Buenos Aires

Sabía de las excelencias del plato chinesco y del cuchuco bogotano. Le admiraron y le quisieron las mujeres de Egipto, de Suiza, de su patria; incomparable desde este punto de vista. Hablaba varias lenguas con distinción y elegancia y había paseado su aventurera inteligencia de fino letrado por cuatro o cinco literaturas con amor cauteloso y sin preocupaciones de ningún género. Escribió una historia del imperio jesuítico en el Paraguay y la leyenda un tanto forzada de Candelario Obeso. Solíamos verle sus amigos antes de 1914, a las dos de la tarde, en el salón de lectura del Museo Británico, sobre los folios de los cronistas de Indias, y a las cinco en los salones de té más elegantes de Bond Street, en la mejor compañía del mundo.

Toda clase de definiciones se habían inventado para fijar las facetas variadas, contradictorias, inverosímiles de su exclusiva personalidad. Fitzmaurice-Kelly propuso esta definición del literato: "Un hidalgo escocés que se pone a escribir por pura condescendencia". Otros con intención acidula le llamaron con el título de un poema de Shakespeare, "el peregrino apasionado"; Frank Harris, maligno y talentoso, le llamó "un aficionado de genio", y Conrad, su amigo apasionado, su admirador sin límites, le llamó "Príncipe Errante" en carta dirigida a Mrs. Dummet, la incomparable amiga, el genio tutelar de Cunninghame Graham en sus últimos años, un talento femenino amplio, generoso, libre, capaz de las supremas elegancias.

Era un enigma para los amigos de Cunninghame Graham el origen del irresistible encanto que emanaba de su personalidad. Para los aristócratas y los zánganos de la alta vida social inglesa el atractivo de don Roberto estaba en la naturalidad. Las

mujeres inteligentes se dejaban fascinar por su gracia nativa, la "sans fazon" en el porte y la riqueza señorial de su estilo en el habla corriente. Los literatos a quienes arrastraba en los clubs políticos, en las reuniones caseras, en las tabernas literarias no sabían qué decirse: "Sabe o no sabe?", se preguntaban; "Nos enseña o quiere aprender de nosotros?" "¿Cree en la literatura o pasa frente a ella como ha pasado sonriente y superior al lado de la fortuna?". Todos, muchos a pesar suyo, sentían el influjo magnético de aquella personalidad. Su presencia tenía mayor encanto que sus libros; su palabra sobrepasaba y con mucho la fascinación de sus escritos. Sin duda había para esto muchas razones, algunas de ellas impenetrables, como el magnetismo personal o el atractivo de su fisonomía y de su voz; pero hay algunas susceptibles de ser analizadas. Quiero detenerme en una de ellas. Cunninghame Graham hablaba o escribía siempre en primera persona, pero nunca de sí mismo. Este modo de introducirse predispone en favor de la persona. Hay gentes que empiezan las conversaciones diciendo: "No puedo tolerar las corbatas verdes, ni el dulce de brevas", o en una esfera más avanzada: "En materia de zarzuelas tengo mi gusto formado; prefiero a todas, "Las campanas de Corneville"; o confidencialmente: "A mí me quieren mucho en casa de las Uñates", o casi en secreto pero con voz muy perceptible: "Cuando yo tuve relaciones con la Gaspara, marquesa de las Heras, cuya desventurada pasión no me fué posible corresponder"; y una sola de estas frases basta para predisponer en contra de sus autores. Cunninghame Graham ha referido en sus libros todos los grandes y pequeños sucesos ocurridos a su alrededor y nunca deja escapar una de aquellas frases. Narra y piensa en primera persona, pero al lector le parece que es otra la narradora y el mismo, el lector, quien está pensando. Tal vez en la fascinación personal emanante de Cunninghame Graham influya esta actitud natural desde luego y por lo mismo doblemente efectiva. César no decía yo sino "César" y nunca hablaba de sus gustos ni preferencias.

Veamos algunos episodios de la vida de don Roberto. En 1886 de regreso en la Gran Bretaña, después de haber cortejado a la suerte en México y la Argentina, durante diez y seis años, se hizo elegir miembro del parlamento y en la cámara de los comunes, él, aristócrata de sangre, de educación y de amistades, tomó a su cargo con gran lealtad y coraje la defensa de los desheredados,

de los humildes y de los oprimidos. Para protestar contra los abusos e injusticias asignables al gobierno en esos días históricos, Cunninghame Graham y otros amigos suyos organizaron un mitin de protesta destinado a realizarse en Trafalgar Square. La policía negó el permiso. Graham, John Burns, el futuro ministro liberal que renunció su alto puesto, antes que firmar en 1914 la declaración de guerra, Wilfrid Boscawen Blunt, poeta de nación, prosista adamantino, corazón de roble; William Morris, el benefactor de las clases pobres en el empeño de hacerles amar la vida y gustar el arte, Edward Carpenter, sabio de entendimiento y dulce de corazón, con otros muchos ingleses, escoceses e irlandeses insistieron en reunirse alegando que Inglaterra era el país de la libertad de palabra y de pensamiento. Dejó, si acaso, de serlo ese día. Maltratado, ensangrentado, ultrajado Cunninghame con sus fieles compañeros fué dar a la cárcel. Cuando se supo en la dirección de la mazmorra que Graham era miembro del parlamento le ofrecieron ponerlo en libertad. Desechó la oferta singular. Debían soltarle con Burns o dejarle con él. Pasó la noche sobre una tabla y al día siguiente fue libertado con Burns sin condiciones. Después, en la cámara y en la prensa tuvieron que oírlo. Parcialmente se había renovado la libertad de palabra y de pensamiento. Dice Bernard Shaw: "La cámara fuerte en su estupidez no le entendió hasta que Graham en un momento de inspiración expresó un sentimiento universal mandando la cámara al diablo por su hipocresía. De toda la elocuencia de ese parlamento de imbéciles no queda más que un sonoro reniego. Esa gruesa palabra ha sobrevivido a los discursos ministeriales de ese año como la palabra de Cervantes sobrevive a las sentencias oraculares de los jueces y algunos alguaciles que le pusieron, a él también, en la cárcel". En una de sus oraciones parlamentarias de esos días dejó Cunninghame Graham escapar la frase de que Gran Bretaña era una factoría en que 30 millones de personas trabajaban para satisfacer el lujo y la ociosidad de treinta mil privilegiados. Hoy la frase ha perdido de su virulencia porque de los treinta millones algunos han entrado a los parlamentos y cobran rumbosas dietas, pero en 1887 tales expresiones sonaban como sacrilegios.

Conocí a Cunninghame Graham en 1909 en casa de Pérez Triana, su íntimo amigo, en Londres. En la presentación inquirió Graham: "Es este el caballero que definió a Londres diciendo que es la más numerosa aglo-

meración de filisteos en existencia desde la muerte de Sansón". El incriminado no pudo negarlo: la frase constaba por escrito.

La letra, el manuscrito de Cunninghame Graham tenía fama de obscura y destartada. En 1913 envió a "Hispania" un artículo escrito en inglés, de su puño y letra. Me lo pasaron para traducirlo. Traté de leerlo antes de ponerme a la obra. Tenía páginas más recónditas que las inscripciones cuneiformes. El director del periódico le dijo por teléfono que su manuscrito resultaba ilegible. "Esperaba la noticia", dijo Cunninghame Graham. "No hay en todas las islas británicas sino una persona capaz de descifrar mis manuscritos. Es la señorita X de Glasgow. Mándenle el artículo". Así se hizo. La dactilógrafa devolvió el artículo copiado en máquina, pero con un espacio en blanco, lugar de una palabra cuyos signos habían escapado a la experiencia de la copista. Fui a ver a don Roberto para que llenara el blanco. Se caló las gafas, miró su manuscrito, leyó el párrafo en letra de máquina, interrogó mentalmente su lúcida conciencia y me dijo: "Vaya! que yo tampoco puedo leer la palabra! Pero ponga usted "denso": creo que guarda el sentido". Puse "denso" y me quedé pensando: "Si la señorita pone "duro" no habríamos consultado al autor, y en tantos manuscritos que ella copia, cuántas veces pondrá su sentido de lo real palabras que acaso pugnen con el sentido de lo maravilloso que asiste en ocasiones a Cunninghame Graham". Crean ustedes en la autenticidad de los textos.

Por un negocio en que tenían o habían de tener parte Pérez Triana, don Roberto, Federico Vidiella y otros amigos, negocio frustrado a causa de haberlo dejado conocer Cunninghame Graham, se terminaron en 1915 las amistades entre éste y don Santiago. Un año después, pocos días antes de su muerte, Pérez Triana le dijo a uno de sus amigos que le arredraba el pensamiento de morir sin haberse reconciliado con don Roberto, a quien había querido entrañablemente. Acudió el intachable caballero al llamamiento. Cuando Pérez Triana me refirió la entrevista y la reconciliación, lloraba como un niño y sus sollozos conmovieron a la roca presente. Murió cuatro días más tarde.

Don Roberto hablaba varias lenguas, entre ellas el italiano, con alguna fluidez. Le presentaron una noche en casa de Pérez Triana a un diplomático colombiano, diciéndole que venía de Roma, donde había estado seis años, y no hablaba inglés. Cunninghame Graham por compla-

cerlo, le habló en italiano. El diplomático observó que no hablaba esa lengua, pero hablaba español. "Y cómo se las computo usted para vivir seis años en Roma y no aprender el italiano?", le interrogó don Roberto.

Hablaba Cunninghame Graham el español como un andaluz bien hablado. Su madre nació en Caracas. Un tío suyo, cónsul británico en Málaga, lo recibía de visita durante las largas vacaciones de las escuelas públicas inglesas, de modo que el adolescente se apoderó del habla castellana con los mejores maestros. No hablaba tan bien el italiano, pero gustaba de expresarse en esa lengua. De visita a la hora del té en casa de unas amigas en Florencia, se hablaba de modas. Entró una señora con un sombrero un tanto vistoso. "Chubello sombrero", dijo Graham. Las señoras se miraron unas a otras creyendo hallar intención en la palabra usada. Don Roberto medio confuso insinuó esta vez en correcto italiano: "Ho sbagliato?" (me he equivocado?) y entonces una de las graciosas florentinas corrigió, suave y florentinamente: "Noi diciamo capello, ma come Lei dice e proprio piu bello". (Nosotras decimos "capello", pero como usted dice es sin duda más bonito).

John Morley, gran personaje liberal de los tiempos en que Graham ensayaba a sabiendas de su incompetencia para ese triste oficio, sus pasos de parlamentario, John Morley el tipo del liberal victoriano, admirador de los enciclopedistas y defensor tenaz de los privilegios del capitalismo, tuvo en la cámara su encuentro con don Roberto, el 1887. Don Roberto había calificado días antes de "ardid deshonorable" la respuesta evasiva de un ministro de la corona a una moción para discutir el deplorable estado de algunos trabajadores. El presidente de la cámara tuvo por antiparlamentarios tanto el sustantivo como el adjetivo y le pidió a Graham que los retirara. Don Roberto dijo: "No retiro nada", y le expulsaron de la cámara por unos días. Cuando volvió a su lucha parlamentaria, dijo en un discurso: "Debemos deshacernos de la miseria que nos rodea, debemos eliminar cuanto tienda a brutalizar y degradar la naturaleza de esas pobres gentes; y estas medidas (las de protección a la clase obrera), aunque las tachen de sentimentales, son infinitamente más eficaces para disminuir la clase de los criminales que las leyes punitivas por más severas que sean". En este punto del debate, John Morley interrumpió para calificar al orador de "filántropo profesional". Cunninghame Graham replicó sin demo-

ra, indignado pero con gran serenidad: "Pregunto si el honorable caballero se vale de su posición de ex-ministro para rebajarme y lanzar contra mí un insulto, apellidándome filántropo profesional". Morley perplejo, al comprender la imprudencia y la iniquidad de su concepto, pidió satisfacción y retiró sus palabras.

Algún importuno sin voluntad acaso de mortificar interpuso una vez en sociedad esta observación, dirigida a don Roberto: "Dicen, señor Cunninghame Graham, que sus libros no se venden", "Es una exageración — respondió el importunado — a los treinta años de su publicación, algunas personas los solicitan ante los libreros de viejo".

En los últimos días de su vida, don Roberto dejó de ser en Londres un personaje para convertirse en una institución de la

isla: Representaba en ideas, en gustos, en elegancias del espíritu y de las apariencias la fórmula concisa de lo que había sido el inglés de las clases más cultas hace cuarenta años: un hombre libre, afable, refinado sin afectación, franco y leal con sus amigos, despreciativo con nadie. Poseyó todas las buenas cualidades del inglés victoriano de la última época sin la arrogancia nacionalista, sin la terquedad imperialista, tan lejos de la bambolla patriotería al estilo de Rudyard Kipling como de las paradojas deslumbradoramente antitritánicas de Oscar Wilde.

Su ironía era limpia y bienquista, jamás usada nominalmente en contra de los débiles ni de los pobres de espíritu. Como su amigo Hudson el argentino de Quilmes, que subió con su plu-

ma a las alturas de la mejor era literaria inglesa del siglo pasado, odiaba las máquinas y la era por ellas simbolizada. Don Roberto se dolía de la rápida y opulenta transformación argentina, diciendo: "El país se asienta, no lo dudo. La biblia en español les será puesta en las manos por la fuerza a los que no saben leerla; el ganado criollo, de los vastos y apartados cuernos, será reemplazado por el Hereford y las razas de asta menguada; donde el ñandú (avestruz) se contoneaba en plena velocidad pasará bufando el tren de mercancías. La civilización que planta con más seguridad su exhausta lata de sardinas como un sello en la superficie del planeta, que la Providencia (para convertir a Constantino) su cruz en los cielos con el palio de sombras y de hipo-

tesis que de ordinario la acompañan habrá descendido sobre las Pampas. En vez del gracioso anuncio sobre caballos extraviados, firmado por el alcalde, en la puerta de la pulpería un orondo cartero de la telegrafía en la estación ferroviaria de madera informará a los plácidos vecinos acerca de la durabilidad y firmeza de las telas grises de algodón para pantalones. ¡Ay de mí! ¡Ay de la pampa!"

Ha muerto. Con él lanza el último suspiro lo mejor de una época hermosa, estrangulada y calumniada por los odios nacionalistas. Pensando frente a su tumba en lo que era y en lo que ha venido a ser el mundo, se imponen estas palabras de Carducci: "Oh generacioncilla de estopa, cubierta con una mano de yeso color de sangre y de hierro!"

Cunninghame Graham

La ascendencia española de este gran escritor inglés.—Sus trabajos sobre la historia de Hispano-América.—«Donde los españoles fueron, el indio lleva calzones...»—Inglaterra, por medio de sus Almirantes, maquinó contra la integridad de la Gran Colombia.

= Envío del autor.—Boston, E.E. UU. =

Mi querido Lenc:

En su muy interesante nota sobre Cunninghame Graham publicada en **El Tiempo**, edición del 21 de marzo, olvidó Ud. un detalle muy importante, o sea la ascendencia española, por parte de madre, de este gran escritor inglés.

Dice usted que era muy inglés, pero con algo o mucho del alma latina. Pues esto se explica por este dato que paso a usted, para la prensa de Colombia. Va de cuento:

Fué abuelo materno de Mr. Graham, el Almirante de la Escuadra Inglesa Charles Elphinstone Fleeming, casado con doña Catalina Paulina de Fleeming, hermosa dama española.

En 1828 el Almirante estaba en comando de la Escuadra Inglesa estacionada en las Antillas y su "flagship" era el **H. M. Barham**. Destinado a Caracas en comisión semi-política, ocurrió que al llegar a la Guayra, su esposa que lo acompañaba a bordo del buque, dió a luz una niña, que vino a ser la madre de Cunninghame Graham, el "Don Quijote" inglés.

Apenas pudo la esposa del Almirante Fleeming montar una mula, entonces el único medio de transporte en esas montañas, se dirigió con su esposo y la pequeña niña a Caracas. Allí vivieron en una antigua casa española, muy cerca a la Catedral de esa ciudad.

El Almirante, que iba y venía en viajes por las Antillas, pasaba buenos días en Caracas y así vino a ser gran amigo del General Páez, entonces Jefe Supremo de Venezuela. Hay hasta la posibilidad de que tomó gran parte en la separación de Venezuela de Colombia, por aquello de que las potencias mayores siempre tienden a recortar, desmembrar o reducir cuanto pueda llegar a ser fuerza o

factor de alguna significación en los futuros juegos de la política.

En honor de este Almirante, dió Páez una suntuosa comida en su histórica mansión La Viñeta. Allí se entonó una canción compuesta para tal ocasión. El coro decía así:

Venid hijos ilustres
De Vespuccio y Colón
A conocer a Fleeming
Honor de su nación

Esta abuela españolísima de Graham y la madre suya nacida en suelo hispano americano, explican, pues, ampliamente, la muy marcada simpatía del escritor inglés por las cosas españolas y muy especialmente de Hispano América. Lo llevaba en la sangre!

Ignoro si en Colombia conocen el libro de Graham sobre el General Páez, publicado en 1932, por Macrae Emith & Co de Filadelfia y dedicado a Juan Eaton Kent, de San Fernando de Apure.

Tal obra está calcada sobre la autobiografía de Páez, pero con notas muy interesantes de Graham y para escribirla, para empa-

parse bien del asunto, vivió en los Llanos de Venezuela por varios años. No he visto un solo comentario de la prensa colombiana sobre tan interesante obra, lo que me hace creer que allá es ignorada.

También quiero referirme aquí a otras varias obras de Graham sobre asuntos nuestros:

The Conquest of the River Plata
A Brazilian Mystic
Carriagena and the Banks of Sinú River
Hernando de Soto
Pedro de Valdivia
A Vanished Arcadia, y
The Conquest of New Granada.

Esta última obra se publicó en Boston en 1922 por Houghton Mifflin Co y está dedicada "A don Guillermo Valencia, excelso poeta, orador armonioso e irresistible, honra de las letras españolas en América". (La dedicatoria está en español).

Desgraciadamente esta obra tiene muy poco de original. Toda ella es casi una traducción del Compendio Histórico del Descubrimiento y Colonización de la Nueva Granada, por el Coronel Joaquín Acosta. Yo he tenido la paciencia de cotejar algunos capítulos y resultan una traducción literal, en veces hasta descuidada, de la obra de nuestro compatriota. Naturalmente, ella tiene el mérito de que ayuda a divulgar nuestra historia entre las gentes de habla inglesa y en gracia a esto, en alguna ocasión me opuse con éxito completo a la crítica que quería

Quiere Ud. buena Cerveza?...

Tome "Selecta"

No hay nada más agradable ni más delicioso.

Es un producto "Traube"

hacer a Graham por dicha razón, un muy conocido escritor de este país.

Graham, como dice usted, fué un gran amigo de Pérez Triana. Cuando éste murió, recuerdo que el escritor inglés dijo que la mejor música de cámara que había oído en Londres era en los recibos de Gran Señor que acostumbraba dar nuestro compatriota.

Una frase de Graham, muy famosa, que no hay que olvidar y que vale por todo un volumen, fué cuando, en respuesta a las acusaciones de crueldad que los de habla inglesa hacen a los españoles en sus relaciones con los indios, Graham dijo: "Donde los españoles fueron, el indio lleva calzones..."

En efecto: el indio en este país fué expoliado, aniquilado por los colonos sajones, de cuya crueldad nadie habla. Los que aún quedan, como una curiosidad, viven en las re-

servaciones y llevan plumas. En la India, después de cientos de años de dominación inglesa, los indostanes viven al margen de la civilización moderna. Allí, como dijo el gran poeta, Rabindranath Tagore, en una conferencia que hace años tuve la fortuna de oírle en la Universidad de Harvard, el inglés apenas ha arañado el suelo con sus ferrocarriles, malecones e implementos agrícolas, pero no ha tocado el corazón del pueblo... Este milagro, debemos decir nosotros, sólo lo ha realizado la raza española, que a donde fué ha dado a las gentes cuanto tiene de suyo, bueno o malo, y los ha hecho parte integrante de su mundo.

Graham, inglés en su porte, era ciertamente original, romántico y en más de una vez requirió la tizona para defender a los pueblos de habla española. En su obra sobre

Páez, al referirse a los proyectos de Bolívar para libertar a Cuba, dice que el Ejército de Venezuela y Nueva Granada era en aquel tiempo, en todo el Continente americano, la mejor fuerza combatiente bajo las armas. Esto explica que Inglaterra ocultamente intrigara para disgregar el bloque grancolombiano y enviar a esas misiones confidenciales a su Almirante.

Por lo demás, el nombre Fleeming tiene buenos ribetes de nombre irlandés; por esta razón Graham y Bernard Shaw, irlandés legítimo, se dan las manos en las travesuras de su pluma y de su ingenio!

Cordialmente suyo,

Enrique Naranjo Martínez

Boston, abril 20 de 1936.

Versos nuevos

de GRIS

= Envío de la autora. Costa Rica y junio de 1936. =

Azulejos

1
Es la noche la vitrina
hecha de opaco cristal;
allá exhibe Dios sus joyas
por no herir nuestra retina.

Barco primitivo semeja
el cansado buey viejo
que tira del arado.

1936.

2
El relámpago le hizo
señales telegráficas
por entre oscuras nubes
a tormentas lejanas

¡Gui! ¡Gui!
Van lentamente
los bueyes;
se ofrece la tierra,
ardiente,
al beso fértil del sol.
¡Gui! ¡Gui!
Se lleva el viento la voz...

3
Cada ventana enmarca
un bello cuadro que al pie
lleva una firma divina:
El Pintor de la Creación.

Arando

4
Reverberan, con el sol,
las rígidas paralelas,
semejando dos serpientes
de metálicas escamas
que apuestan una carrera.
Pasa el tren...
y les mata la ambición.

Traigo los oídos
llenos de ruidos
extraños
que suavemente
se prendieron
al pasar por los caminos:
crii — crii — juizz!
tacatacatacaaa
tocotocotocooo
en un tono diferente;
croac — croac,
cúu — cúu — buzz!
bi...chio, chip, chip, chip...

5
En surcos, la tierra
parece un mar moreno.

Sinfonía

la avecilla retardada.
Y quisiera al pentagrama
trasladar la sinfonía...

Inventario

En el cierre de cuentas
del año que se va,
tengo yo, subrayada,
una suma total.

De enero hasta diciembre,
minuto por minuto,
hice la entrada, fiel,
de este constante Haber.

Son casi jeroglíficos
que sólo yo puedo leer.
Cuatro de ellos componen
mi máximo capital.

Con él sellé mi libro
y lo di a la Eternidad:

Amor.

Diciembre 31 de 1935.

Grito

Campesino que has roto
con tu grito estridente
el cristal transparente
de esta tarde estival.

Embriagado, inconsciente,
ensuciaste el silencio
de celeste color
que adornaba el ambiente.

Más sensato que tú
fué el grillo inocente
que acalló su violín
y adoró al sol poniente...

Crepuscular

La tarde no quiere irse,
ni la noche quiere entrar.
Todo está sin definirse:
no es oscuridad nocturna
ni diáfana luz solar.

Los perfiles de los montes
como en sueños se entreven...
Se adivina tras las nubes
algún celaje distante.

Las torres de la ciudad
parecieran, por lo vagas,
dibujo a medio borrar.

Con temor llegan los ruidos
de distancias muy remotas:
el persistente rodar
de la carreta cansada;

desentonado ladrar
de perros de la campiña;
voces de chiquillería
que vienen desde el pinar.

Y ha llegado hasta aquí,
con sonos de pastoral,
la voz del Angelus, suave,
para recordar que es hora
de que todo entre en la Paz.

Buho

En mi mano tuve
un buho agorero
de plumaje negro
y el ojo avizor.
Y como es sombrío,
en todo, mi ser,
el ave nocturna
creyó que mi mano
era la penumbra
del anochecer...

Ironía

Nunca vi carcajada
de mayor ironía
que en la cara feliz
de una yunta de bueyes.
Remolcaba, orgullosa,
sin salir de su paso,
automóvil que ayer
de tanto correr
en la calle enfermó.

In angello cum libello—Kempis.—

En un rinconcito, con un librito,

un buen cigarro y una copa de

ANIS IMPERIAL

SUAVE — DELICIOSO — SIN IGUAL.

FABRICA NACIONAL DE LICORES

SAN JOSE, COSTA RICA

Maneras de ser

Una visita a Jung

Por VICTORIA OCAMPO

= De La Nación, Buenos Aires 26 de abril de 1936. =



Aquí el cerebro le hizo cancha al viento...

Madera de Laporte

Grasset, el editor parisiense, ha publicado una serie de volúmenes agrupados bajo el título de "Pour mon plaisir". He tenido muchas veces ocasión de felicitarlo de que para placer suyo haya contribuido al mío. Y cuando me interrogan acerca de las traducciones publicadas en la editorial que dirijo, cuando insisten en la necesidad de trazar un plan y seguirlo, cuando se impacientan y me reprochan: ¿por qué esta obra y no aquella otra?, siento que sólo puedo verídicamente responder: para mi placer. Grasset tiene cien veces razón.

Entendámonos sobre esto de "mi placer". Yo, personalmente, no tengo necesidad de traducciones para leer los textos ingleses o franceses. Leo con mucho más gusto en estas dos lenguas que en la mía. Pero hay quienes, por una u otra razón, no han podido salir del español. Tengo amigos que han quedado prisioneros de él. Y seguramente muchos amigos desconocidos se encuentran en el mismo caso. En ellos pienso, pues el prurito de compartir con el mayor número posible de personas las lecturas que me entusiasman, ha sido siempre violento en mí (vicio tanto más impune cuanto que los libros pertenecen a ese género de auténticos tesoros que no disminuyen al ser compartidos, sino que aumentan).

Este breve preámbulo en que tanto sitio ocupa el "yo odioso" (encubierto o no, es el que le corresponde siempre en todos los escritos, y me sonrío de quienes pretenden lo contrario), era indispensable para llegar a esto: a mis amigos conocidos y desconocidos, es a quienes ofrezco "para mi placer" la traducción española de la obra capital de Jung.

Los profanos pueden interesarse en esta obra tanto como los especialistas. Para los que gustan de novelas, diré que es apasionante como una novela. Para quienes no gustan de ellas (bajemos la voz, los novelistas podrían oírme), diré que es apasionante como esas novelas que nos fascinan precisamente porque se parecen a obras científicas, a ensayos (lo que les hace decir a los críticos entendidos que son novelas fracasadas). Cada cual podrá, pues, encontrar ahí lo suyo.

El hecho indiscutible de la existencia de dos tipos humanos esenciales, antagónicos (que a su vez se subdividen y ramifican), y las incomprendiones mutuas, las discordias que de esto derivan, no sólo en el campo de la psicología analítica y en otras esferas de la ciencia, sino muy particularmente en las relaciones de trato personal entre los hombres, es la médula de este libro extraordinario.

Hace siglos que el puñadito de

seres perspicaces que en todos los tiempos (una vez pasado el del *pithecanthropus erectus*) es la sal de la tierra, se había percatado de la existencia de dos tipos de hombres. Se les ha bautizado de diversos modos según las épocas. Jung, de acuerdo con la suya, los llama hoy, introvertido y extravertido.

Lo peculiar de la actividad mental del extravertido es que arranca del objeto, del mundo exterior. De aquí derivan para él ideas, sentimientos, intuiciones, sensaciones. Por el contrario, el introvertido retrocede ante el objeto, ante el mundo exterior. Se acantona en su mundo interior, y lo que piensa o siente sobre el objeto tiene más realidad para él que el objeto mismo. En una palabra, el extravertido llega hasta sí mismo sólo a través del mundo exterior, mientras el introvertido sólo llega al mundo exterior a través de sí mismo. Cada una de estas maneras de ser tiene sus ventajas y sus inconvenientes. De acuerdo con la virulencia a que alcanza en cada individuo, la incomprendión que existe entre ellas varía de intensidad. A veces es total. De aquí el desprecio mutuo. Extravertidos

e introvertidos se miran con malos ojos, se injurian cortés y groseramente, según los temperamentos y la educación.

Insisto un poco en la definición de los términos "introvertido y extravertido" — aunque me obstino en creer que las personas de mediana cultura deben conocerlos tan bien como yo — porque me ha ocurrido, a propósito de ello, una aventura bastante singular.

Una mujer genial, poetisa, que ocupaba en París la más brillante situación, me pidió, hace seis años, que le diera a leer uno de mis artículos, con la intención de hacerlo aparecer — si era digno de ello — en una gran revista parisiense. Entre las que había escrito, elegí cuidadosamente, las páginas que me parecían menos malas, y se las envié. No se hizo esperar la contestación. Me telefoneó, me felicitó, pero agregó que necesitaba verme para hablarme del artículo, del que me aconsejaba suprimir ciertos párrafos. Entre ponerme el sombrero, saltar en un taxímetro y llegar a casa de ella no puse cinco minutos. Empezó con elogios (¡ah, qué poesía en todos esos recuerdos de infancia!) y acabó repro-

chándome: "¿Querrá usted decir introspección? El caso es que **introversión no está en el Littré**. Y, por otra parte, en un artículo literario estos términos, pseudo-científicos, es decir pedantes, no se admiten. ¡Si fueran al menos términos corrientes!" en suma: si quería yo aparecer en la revista cuyas puertas se me abrían tan generosamente, debía suprimir de mi artículo el pasaje chocante, el pasaje en que, a mi juicio, los términos inventados por Jung eran **indispensables**. Este ultimátum me dejó perpleja. Sentía perfectamente que no era un pretexto; que madame X. pensaba lo que me decía, y que me bastaría ceder para que mi artículo fuera aceptado. Pero cuanto más me palpaba, menos encontraba en mi cabeza la protuberancia del absoluto respeto al Littré, que toda cabeza bien conformada debiera poseer. De donde inferí que esa carencia provenía sin duda de mi origen americano y que tenía que resignarme. Cuestión de dharma.

Las palabras "introversión" y "extraversión" fueron mantenidas en mi artículo, y las puertas de la revista se cerraron.

Confieso que estas palabras me eran ya imprescindibles. Estaba dispuesta a sacrificar por ellas, no el pan nuestro, sino la vanidad nuestra de cada día, esa estúpida pequeña vanidad que todos conocemos, pero que cuenta tan poco y desaparece tan fácilmente cuando se apodera de nosotros una pasión.

En "Variedades de inteligencia", ensayo que gira continuamente alrededor de "Tipos psicológicos", Huxley, gran admirador de Jung, declara: "Pocas cosas son más inquietantes que el descubrir, a la luz de una observación casual, que estamos hablando a una persona cuyo espíritu es radicalmente extraño al nuestro. Entre un sillón, junto al fuego, y otro, se abre de pronto un abismo; hay que tener buena cabeza para poder mirar en ese abismo sin sentir vértigo".

¿Quién de nosotros ignora esta desagradable y angustiosa sensación? ¿Y para cuántos de entre nosotros no se ha repetido hasta el sufrimiento?

El libro de Jung nos aclara muchos aspectos de este problema, uno de los más dolorosos que existen. Y al menos en lo que toca a la inteligencia, ¿no se cura uno por el hecho mismo de comprender? (aunque sea comprender por qué no se comprende). El corazón tiene otras vías, es menos fácil de curar y de todos modos, mucho más lento. Quizá porque se encuentra en esas regiones de la naturaleza humana que escapan a toda fiscalización.

Si descendemos a estas regiones — no exactamente a las del

Cuatro venturanzas más

— Colaboración.—Madera del autor.—Costa Rica y junio del 36.—

*Bienaventurado el que llora
porque baña su pena como piedra en el río;
redes sobre el futuro, paño sobre el ahora,
¡el imposible ahora!*

*Bienaventurado el que llora
porque empapa las raíces del árbol que arrancaron,
que repite: «eso es mío».
¡Y qué profundas huellas, señor, las que quedaron!*

*¡Bienaventurado el que pide
enseñando su cría,
futuro mendigo en los ojos de Dios.
Señor en desprecio, que ya nada mide,
que tiende en la mano su larga agonía.
Más lejos que cielo, más libre que infierno
cuando tienen hambre y se bastan dos.*

*Bienaventurada la virgen que espera en lo eterno,
que cada mañana celebra su boda,
que hace el mundo un solo minuto,
que se entrega toda;
de azahares tan blancos que parecen luto.*

*Bienaventurado el que es preso
de eterno homicidio,
de ojo de reja, de herrumbre por beso.
Bienaventurado el que es preso
porque todo es presidio.*

Habana 1936.

Max Jiménez



corazón, sino a las que están en las antípodas del ángel — descubriremos que aun términos abstractos, fríos, como "extravertido" e "introvertido", cobran allí temperatura. Insensiblemente, insensiblemente, cuando junto a la chimenea los lanzamos de un sillón a otro, estos términos — que son gratos a nuestra inteligencia porque están asociados a la clarificación de ciertos mecanismos oscuros — se convierten en imprevistos reproches secretos, en imprevistas injurias disimuladas. Cuando un señor que se cree extravertido la llama a usted introvertida, desconfíe usted, señora. Desconfíe usted, señor, cuando una señora que se cree introvertida le califica a usted de extravertido. En el fondo de su subconsciencia, estas palabras van implícitamente precedidas de "grandísimo".

Pero, de cualquier manera, salimos ganando. Antes nos hubiéramos tratado lisa y llanamente de brutos.

No obstante, recordemos siempre que Jung, justamente en el prefacio escrito para la traducción española, nos advierte: "Mi división en tipos es más bien un aparato crítico destinado a depurar y ordenar un vasto material psicológico extraído de la experiencia, pero en modo alguno utilizable en el sentido de poner a los individuos su etiqueta singularmente y *prima vista*". A buen entendedor...

En octubre de 1934, di un pequeño rodeo al regresar de Roma

a París; me detuve en Zurich para ver al autor de "Tipos psicológicos". Llovía a cántaros esa tarde cuando mi taxímetro atravesó, en Gushacht, un jardín que olía a tierra mojada y me dejó, armada de un paraguas, y desarmada por emociones contradictorias, ante una puerta: la del Dr. Jung. ¿Era debido a las largas horas de tren, al brusco cambio de temperatura, a la lluvia, a la proximidad de un gran hombre? No lo sé. Ello es que sentía yo crecer y desarrollarse en mí uno de esos complejos de inferioridad que nos hacen sentir y representar el papel de una idiota a las mil maravillas. En estas lamentables condiciones entramos yo, mi paraguas y mis emociones en la casa del célebre psiquiatra suizo. Pero mi paraguas — cuya suerte envidiaba en ese momento — quedó en el "hall", mientras que nosotras (mis emociones y yo) nos vimos obligadas a subir la escalera. Se nos pidió que esperásemos en una salita de paredes guarnecidas de libros. Esta espera fué providencial. En varios estantes vi de pronto, alineados en apretada hilera, un regimiento de novelas policiales. La llegada de la paloma con la rama de olivo no debió producir en el corazón de Noé alegría mayor que la que produjo en el mío este descubrimiento. Me anunciaba también: ¡tierra!...

"Homo Sum" — pensé. Leían, pues, en casa del Dr. Jung (él o los suyos), estas historias sólidamente tontas que se leen en la mía, que se leen en las de ustedes

y que descansan como un bostezo. Al instante recobré mi aplomo. Verdad es que conocía por experiencia la debilidad de ciertos príncipes del espíritu por las novelas policiales; mi biblioteca, rica en este género de obras, ha sido en repetidas ocasiones saqueada por su avidez. Pero a pesar de esto, no esperaba encontrarme con Edgar Wallace en casa del más eminente profesor de la Universidad de Zurich. Yo estaba en la gloria.

Por completo reconfortada entré, unos minutos después, en el cuarto de trabajo del Dr. Jung.

Al momento, compruebo que es alto, muy alto. Pero, cosa curiosa, mis ojos, que levanto hacia él, no saben de ese rostro más que la expresión de poder, de inteligencia que lo baña; una inteligencia que avanza hacia mí como un enorme elefante, ocultando todo lo demás. ¡Una inteligencia elefante! Tengo la impresión de que esta gran inteligencia, que lo ve todo, no me ve; de que va a pisarme y a aplastarme. Instintivamente tiendo a apartarme de su camino y a arrojarle cosas. Las toma una por una, delicadamente, con esa extrema destreza increíble de los elefantes... (ya se trate de arrancar un tronco de árbol, ya de abarajar un terrón de azúcar). Y así conversamos.

Pero de pronto me dice algo que estoy rumiando todavía, y creo que, de esa entrevista, es la observación digna de repetirse. Al preguntarle yo si no desearía dar conferencias en la Argentina, me contesta: "¿Para qué? No in-

teresaría. No comprenderían... ¿Por lo latinos? ¿Por lo católicos?"

Yo hubiera querido que me diese al punto una larga conferencia explicativa sobre el tema; pero sus clientes lo esperaban, quién sabe con qué pesada carga de complejos.

Jung me acompañó hasta el "hall" de entrada (en que volví a tomar mi paraguas al que ya no envidiaba). Sus dos perros no quisieron abandonarle, y tropezando en ellos bajamos juntos la escalera. El uno brincaba; el otro taciturno, se movía con desgano. Extravertido el uno, introvertido el otro, me dijo el dueño de casa riendo. No necesité preguntar cuál.

Pronto sabremos si Jung tenía o no razón al decir que no interesaría al público argentino. El entusiasmo que despierte su libro lo dirá.

Según su propia confesión, "Tipos psicológicos", que ofrezco a mis amigos conocidos y desconocidos, "es el fruto de casi veinte años de labor en el campo de la psicología práctica".

Huxley dice que al leer los libros de Jung sentimos que su conocimiento intuitivo del ser humano es profundo como el de un Dostoievski. En cuanto a mí, confieso que una obra como "Tipos psicológicos" me ha conmovido tanto como "los hermanos Karamazov".

Lector amigo: si quiere hacerse de *Tipos psicológicos*, editados por SUR, Buenos Aires, le costaría por ahí de \$ 15.00 el ejemplar. (590 páginas).

Estaba previsto que la desaparición del jefe único fuese inmediatamente seguida, si no es que precedida, de violencias macabras. Para los imparciales, la dominación de Gómez significaba un régimen de brutalidad, tanto más inquietante cuanto que sería el antecedente de una confusión sangrienta. En cada país de América había desterrados que anunciaban medidas terroríficas contra Gómez, y si él moría, contra sus deudos, contra sus partidarios y hasta contra los que acababan el régimen. No por estas amenazas, sino por las indeclinables reacciones de la violencia, sorprende que hubiera quienes se agruparan en torno de aquel hombre, y sobre todo, que no le abandonasen cuando ya se le veía en rápido descenso a la tumba. Acostumbrados a la pasividad, aceptaban los peligros de un futuro siempre incierto. Se contaba con que la muerte de Gómez propiciase un brote de ciudadanía, y por lo mismo de templanza. Los primeros anuncios abren la puerta para el pesimismo. En el mejor de los casos vendrá una nueva tiranía, como solución tranquilizadora, para impedir un desbordamiento de odios acumulados.

Lo siniestro en el caso de Venezuela, lo descorazonador, es que una parte de los enemigos de Gómez ha buscado y encontrado arrimo en la dictadura de Calles. Lo dice quien tiene todo derecho para hablar así, porque fué a la vez condenado por la censura venezolana y por la mejicana. Sobre la mesa del que esto escribe hay libros y folletos cuyos autores condenan los horrores cometidos en "La Rotunda" de Caracas, solidarizándose con los asesinatos de los sótanos de la policía de Méjico, y dándoles categoría de regeneradores.

Desdichada Venezuela si esos alumnos de Calles salen aprovechados y saben ejecutar en su patria lo que vieron en la tierra que les dió asilo. Todo temor es legítimo. Nada se ve institucionalmente en Venezuela contra el desquiciamiento sino la acción personal del jefe único, prolongando la serie de los caudillajes. Habrá otro protector de la república, otro Defensor de las leyes, otro Ciudadano esclarecido, otro Ilustre Americano, otro Regenerador de Venezuela, otro Salvador, otro Salvador del Salvador...

Esperemos que el poder personal, si Venezuela lo necesita, por ausencia de factores políticos, no sea incompatible con métodos de humanidad y formas de civilización. El **Cesarismo Democrático**, nombre que se ha aplicado a un sistema de caporal, se verá tal vez condenado como un anacronismo para que sea posible reanudarle en una nueva etapa de

La tragedia venezolana

Por CARLOS PEREYRA

= De El Tiempo. Bogotá. =



Dualismo

Madera de Emilia Prieto.

caudillaje andino o llanero. Lo que se cuenta de Gómez pone frío en el alma. Dicen que dejó morir en la cárcel a sus dos cuñados; que educaba a sus hijos con sable y con látigo; que encerró a uno de ellos en un calabozo, y que él mismo guardaba la llave. Si éste era el jefe de familia, el de Estado no podía concebir un orden social, ni regir a su patria dentro de las normas de Europa. ¿Es verdad, como leemos, que don Ramón Delgado Chabaud estuvo catorce años con grillos, encerrado en La Rotunda, privado de sus bienes, y aislado de su familia? Si esto fué así, ¿qué política exigen tales procedimientos? ¿No había jueces, no había leyes, no había cárceles para castigar los crímenes que

hubiera cometido Delgado Chabaud? Los catorce años de prisión impuesta a ese hombre fueron catorce años de miseria moral para todo un pueblo. Desde el 17 de mayo de 1913 hasta el 17 de mayo de 1927, Venezuela ha sido una tierra tiranizada. Se asegura que dos sacerdotes, el padre Mendoza y el padre Monteverde, estuvieron ocho años en la misma Rotunda. Si esos dos sacerdotes, o esos dos facinerosos, merecieron ocho años de cárcel, las autoridades no lo demostraron, presentando las actuaciones judiciales. ¿El canónigo don Régulo L. Fernández fué aprehendido, amarrado, apaleado, conducido a pie desde la Guayra hasta Caracas, y finalmente envenenado? ¿El Padre Evaristo Ra-

mírez, azotado, llagado, ulcerado, purulento, murió como un perro sin amo? ¿Qué delito o qué delitos cometió don Juan José Abreu? ¿No fué por su desventura el juez que condenó a Eustoquio, el primo de Gómez, por el asesinato del doctor Matas Illas? Eustoquio es el que acaba de morir a tiros, en Caracas. Otro de los jueces de Eustoquio, García Uzlar, expiró en una mesa de operaciones. El cirujano, Rojas, que era muy hábil, se casó con la viuda del juez, y fué ministro de educación. Los estudiantes le mataron, llamándole constantemente por teléfono para decirle: "Rojas, soy García Uzlar; soy tu víctima..."

Hay libros enteros dedicados a las descripciones del sadismo persecutorio, que tomó todos los matices. Un día, el sable serrano cayó sobre el Episcopado, y fué su víctima el ilustrísimo señor don Salvador Montes de Oca, prelado de Valencia. El crimen de este ministro del altar consistía en haber dirigido a sus diocesanos una carta pastoral sobre el matrimonio. El coronel Hugo Fonseca Rivas, presidente de Valencia, se sintió herido. Creyó que la pastoral aludía a él y a Gómez; Gómez creyó que aludía a él y a Fonseca Rivas. El obispo fué llevado a La Guayra. Ya estaba en un camarote cuando apareció el decreto de expulsión, por el delito de rebeldía y por quebranto del juramento prestado en la consagración, que tal vez encerraba el deber de considerar legítima la fecunda poligamia de los presidentes. El Episcopado protestó, y Gómez replicó destempladamente: "El ejecutivo federal ha sido puesto en el preciso e indeclinable caso de decirles que no puede admitir, por ningún respecto, ni por ningún motivo, la forma intempestiva en que ustedes tratan de conservar con él la paz y la armonía..." Los prelados hablaron entonces con mayor firmeza. Y la lucha prosiguió durante algunos meses.

Venezuela es país de ilustración, cuenta con una casta selectísima, y ha sido cuna de algunos de los hombres más notables del continente. ¿Cómo da y tolera estos florecimientos de barbarie? No pretendo abrir cátedra para explicarlo. En Venezuela se ven simultáneamente las manifestaciones de refinamiento y las de brutalidad primitiva. A veces van juntas. Recordaré el caso donosísimo, tal vez imaginario, pero no por esto menos demostrativo, del articulista que en Mérida escribió, durante la dominación del megalómano Castro: "Apoyemos lealmente a nuestro ilustre Proxeneta". Castro, conmovido, aceptó el homenaje, que figura en el anecdotario presidencial.

Madrid, enero de 1926.

Renglones cogidos en uno de los agudos "Comentarios" (labor de prensa) de don Miguel de Unamuno:

Y al caballo, solípedo que pisa con un solo dedo, que se le ha hecho casco—encima le calzamos, le herramos.

Pero conseguir quiere decir seguir una cosa a otra y conseguir...

¿Cuál es el ambiente de las exposiciones? Las exposiciones tienen ambiente en su total. La exposición pictórica es como un escenario sin telón, es solamente un acto, un acto definitivo. El espectador avisado inmediatamente realza, el grado de honradez que lo rodea, al meterse dentro de cuatro paredes, cubiertas de telas "que son ventanas abiertas hacia el infinito".

Zúñiga en sus primeros pasos, tenía una serie de burgueses seguidores, que compraban sus cuadros, y los enseñaban a sus amigos como quien come queque de novia, con la sensualidad de un hallazgo. O con el sentido siempre voluptuoso de asistir a un nuevo sacrificio.

Zúñiga, entonces, también era honorable, pero se trataba de medida, Zúñiga no se podía quedar con la medida de los otros porque eso era faltar a la condición inicial y obligatoria del artista, que es poner a los otros de seguidores, en otros casos despistarlos y hasta volverlos locos.

Jesús estaba predicando, llegó la Santísima Virgen y con palabras amorosas al par que hogareñas le dijo que se viniera para la casa. Jesús le dijo: "mi madre y mis hermanos me siguen".

Yo no creo en la emoción que recuerda una cordillera, ni en la casita que recuerda al abuelo; creo en el retrato que no se parece a nadie pero que se quisiera quedar uno viéndolo eternamente.

Jean Cocteau dijo de los cuadros de Picasso, que la gente se reía, porque al ver una tela del maestro, pierden el plano habitual, se caen, y la caída produce risa.

Estoy de acuerdo en que la palabra "modernismo" ha permitido osadías que no tienen ni el sentido plástico, pero al agregarle a ese sentido revolucionario la honradez, se ha llegado al clasicismo moderno, al clasicismo eterno, que es el que frecuenta Francisco Zúñiga.

El burgués quiere probablemente, que al hablar yo de Zúñiga se lo pruebe por a más b. Pero aquí puedo decir como Reynal de Picasso, que Zúñiga parte de un fin, y eso me imposibilita para demostrarlo con sentido absoluto.

Yo no sé como hablo yo de burgueses, si tengo cama blanda, pe-

La dignidad plástica

A propósito de Francisco Zúñiga

Por MAX JIMENEZ

= Colaboración. San José, Costa Rica y Junio del 36. =



Maternidad

Escultura en granito de Francisco Zúñiga

ro es porque le he vendido el alma al diablo.

Zúñiga martilló una maternidad, Zúñiga es además magnífico obrero; uno de los espectadores, por la grandiosidad de sus formas, porque debe saberse que la forma puede ser mucho mayor

que el contenido, el espectador encontró que la maternidad parecía una vaca. Pero me he equivocado, aquel visor no podía ver nada en la forma, la forma no puede ser comparada. Lo que sucedió fué lo que recuerda Oscar Wilde, que la obra de arte es un espejo

Hay que reflexionarlas. Las dice en el artículo *Elogio de la abstención* ("El Tiempo", Bogotá), el maestro B. Sanín Cano:

Además, media el teorema de la psicología individual y colectiva, en virtud de cuyas enseñanzas el hombre y los partidos de avanzada se hacen conservadores en cuanto llegan al poder. Buceador tan sagaz de la conducta humana como Shakespeare nos hizo ver en el poema dramático de la Tempestad cómo es necesario que el hombre, al cambiar su condición de perseguido por la de gobernante, se sienta inclinado al perdón y a la tolerancia. Tan sólo las criaturas procedentes de los fondos bajos de la condición humana persiguen y torturan a sus antiguos enemigos por el solo placer de la venganza. La mayor parte de los casos de crueldad y persecución del adversario registrados por la historia se deben al temor de que el enemigo renazca y se apodere del mando, o proceden del mero fanatismo religioso que en muchas confesiones predica el exterminio de los infieles como ejercicio necesario para la conservación de las buenas doctrinas. Todavía predomina este sentimiento entre los secuaces de Mahoma, y así juzgan de las relaciones entre los hombres algunas hordas salvajes del Viejo Mundo.

y que el visor vió una vaca. He demostrado que aquel señor es una vaca.

Otra cosa que me aterra es el individuo que se está iniciando, ya no quiere el caramelo completo, sino que se complace en lo que él llamaría una pequeña cantidad de amargo. Zúñiga no le ha servido a ese caso por su profundo sentimiento de pureza.

Yo le he dicho a Zúñiga, aunque nada tengo que decirle, que lo admirable es hacer arte entre las opiniones y en contra de ellas.

Zúñiga se va, huir debe ser un principio de estética, cuando en carna la necesidad de buscarse, de abandonar, y de darse en la huida contra las cosas.

Costa Rica, aquí donde nació Francisco Zúñiga, ha enviado otros artistas fuera, a Europa, para que nos traigan arte; han vuelto ellos, pero el artista se quedó fuera. Seguramente les faltó honradez al comparar a su patria, con el deber artístico, tenían miedo de que al ser sinceros, al regreso a su patria los tildaran de locos.

Zúñiga se va, no a traer sino a llevar, nada de Costa Rica; Zúñiga por su sentido de sinceridad ha perdido su patria, el mundo le pertenece, y aunque él no lo quisiera, el mundo se le entrega. Cuando se trabaja con la verdad del arte, la naturaleza se vuelve una mujer zalamera.

Otra condición de Zúñiga es el medio localísimo en el cual ha vivido, me refiero a su propia casa; Zúñiga se ha contribuido a juntar el pan diario, haciendo imágenes, y todos sabemos el valor de las actitudes, pero como todo lo que se sabe no es fácil practicarlo, Zúñiga en sus imágenes aprendió el valor de las aptitudes. Zúñiga sabe que si un santo, no toma tal o cual actitud en sus oraciones, dejaría automáticamente de ser santo.

Zúñiga sabe lo que el alma enseña al cuerpo, y lo pinta y lo esculpe.

Y ahora, Zúñiga, en una ocasión, un esquimal vió en la zona más baja, un árbol florecido de rojo, y como nunca había visto árboles florecidos de rojo, daba voces porque creía que la naturaleza había levantado llamas.

La amistad, amigo Zúñiga, por el arte, creo que es uno de los dones más sagrados que yo cultivo.

El motín de los constabularios nicaragüenses que acaba de terminar con un gobernante a quien ya no necesitaba el Departamento de Estado imperialista ha dado ocasión a este último organismo para exhibir el más puro fariseísmo. Sus diplomáticos hicieron circular en estos pueblos la nota yanqui concebida como respuesta a una posible sugestión para que los Estados Unidos intervinieran en el motín de Nicaragua. Esa nota contiene todos los tonos del fariseísmo usados por la conquista imperialista. Y como hay bobos sorprendidos de lo que ellos llaman admirable conducta del Departamento de Estado, comentemos para ellos.

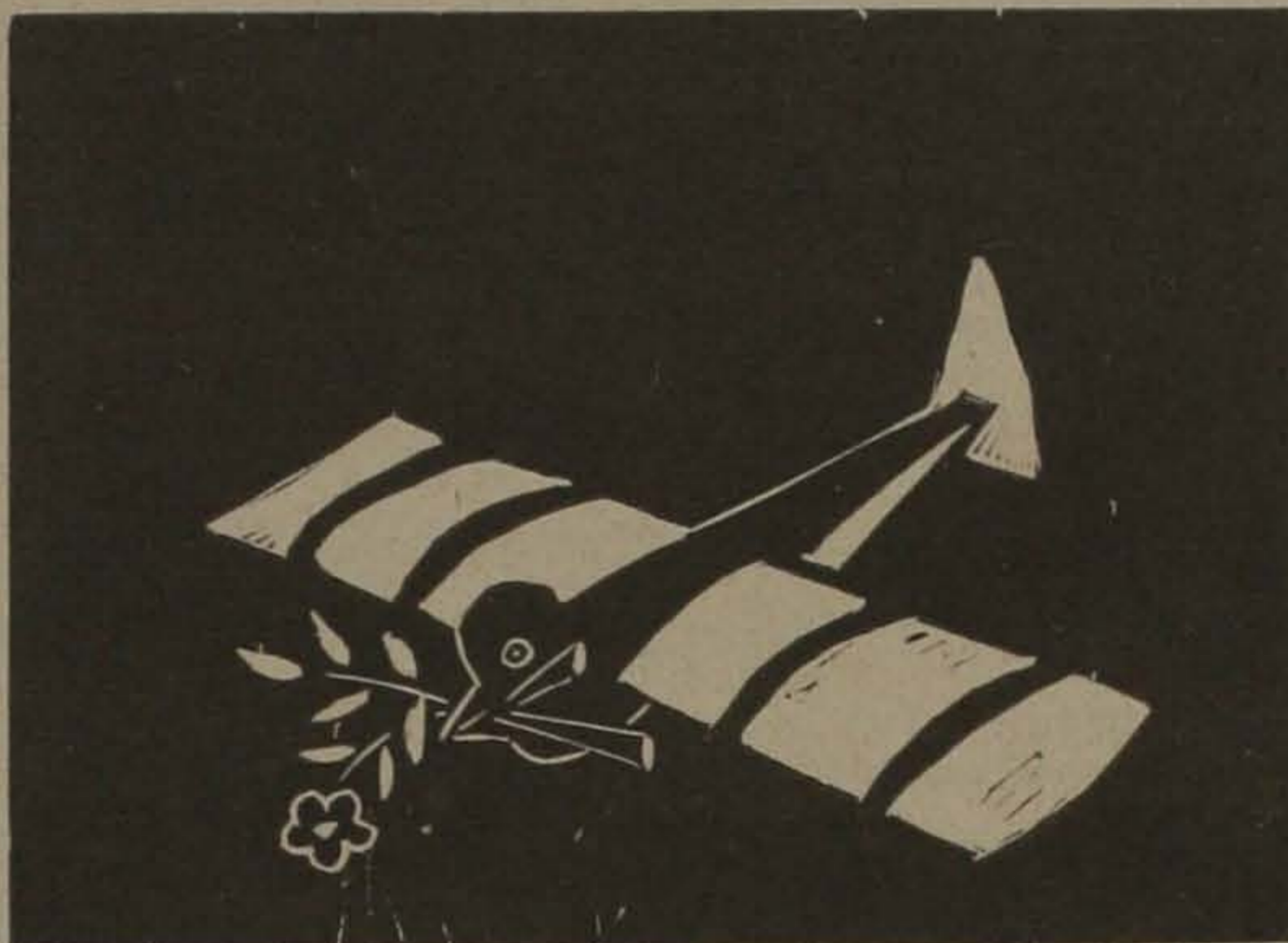
Pero usemos nuestra memoria histórica y traigamos primeramente al comentario la nota dirigida por el Presidente Taft al Presidente Araujo en 1912. Otro motín, y no de constabularios porque la invención del Departamento de Estado no había concebido aún este certero organismo de destrucción del criollo por el criollo en provecho del imperialismo yanqui, tenía revuelta a Nicaragua. Un yanquizado de mala catadura hacía de presidente y para sostenerlo el Departamento de Estado en esa posición desembarcó sus milicias. El Presidente Araujo protestó de esa pillería. Y Taft airado sin fariseísmos dió su descarada respuesta en estos términos: "Los Estados Unidos no tienen la menor idea de abandonar su legación y las vidas y seguridad de sus ciudadanos así como sus propiedades y sus importantes intereses en Nicaragua a merced de una rebelión basada en ningún principio, y llevada a cabo con motivos y métodos que recuerdan vivamente los tiempos de Zelaya, y causando la más flagrante violencia a todo principio de honor, de humanidad, de orden y de civilización".

El segundo Roosevelt recibe en funciones completas la constabularia dejada en Nicaragua como remate de todas las intervenciones del imperialismo yanqui. Puede entonces redactar su nota farisaica cuando hay motín en Nicaragua y prevee que ha de ser llamado para que sosiegue en aquella factoría las criaturas del Departamento de Estado. Taft fué descarado. El segundo Roosevelt coge este tono: "En los dos últimos días, el Departamento de Estado ha recibido numerosas comunicaciones de los gobiernos de Chile y de Perú en referencia a los disturbios internos que desafortunadamente han ocurrido en la República de Nicaragua, comunicaciones que aparentemente están basadas sobre la errónea impresión de que los Estados Unidos, han recibido solicitud del gobierno de Nicaragua para in-

¡Es puro fariseísmo!

Por JUAN DEL CAMINO

= Colaboración. Costa Rica y junio del 36. =



Palomita...?

Madera de Emilia Prieto

tervenir en aquella república... Ninguna sugestión se ha recibido de ninguna fuente para que el gobierno de los Estados Unidos intervenga en Nicaragua, y tanto de acuerdo con su política establecida como de acuerdo con las provisiones de la Convención de Derechos y Deberes de los Estados Unidos presentada a la séptima Conferencia Panamericana de Montevideo, este gobierno no intervendrá directa ni indirectamente en los asuntos internos de ninguna república americana. El Ministro de los Estados Unidos en Managua ha recibido instrucciones para informar, tanto a las autoridades nicaragüenses como a los representantes de los demás gobiernos americanos acreditados ante el de Nicaragua de que aun la consideración por parte de los Estados Unidos de cualquier iniciativa para ofrecer conjuntamente sus buenos oficios, dependerá en primer lugar de la aquiescencia de todas las facciones políticas nicaragüenses a invitar a otras naciones americanas amigas para esa mediación; y de que en el caso y sólo en ese caso, de que tal invitación sea extendida unánimemente, estaría dispuesto este gobierno a determinar si tomaría parte en un ofrecimiento conjunto de buenos oficios, después de consultar con otras naciones interesadas en ese hemisferio."

Allí están las dos notas de dos ejecutores del imperialismo del Departamento de Estado con un cuarto de siglo de diferencia uno de otro. Dos políticas totalmente diferentes, dirán los superficiales analizadores. La de Taft es brutal y se avalanza sobre Nicaragua y sobre el gobierno que ose siquiera disputarle ese derecho. El segundo Roosevelt abomina el trato violento y aleja rotundamente la idea de

que su gobierno tenga que intervenir en Nicaragua. Esas son las conclusiones superficiales de quien no desea mirar profundo en el pozo de las astucias del imperialismo yanqui.

Y ni siquiera es necesario un mirar profundo para sorprender la identidad de conductas o de políticas como querría decir el pedante. Taft está en presencia de una Nicaragua primitiva en donde los caciques promueven motines que le dan al respetuoso presidente yanqui la impresión de que está cometiendo violencia contra todo principio de honor, de humanidad, de orden y de civilización. La marinería mercenaria es la única fuerza capaz de salvar en Nicaragua esos bellísimos principios que ve amenazados el imperial presidente. No vacila por eso en lanzar su nota violenta cuando le censuran el desembarco de las milicias.

Parece dejar sentado otro principio no menos importante: el de que el Departamento de Estado tiene la obligación de educar al pueblo nicaragüense para que no acabe con los principios de honor, de humanidad, de orden y de civilización. Los gobiernos sucesivos no olvidan que Taft trabajó por educar al pueblo de Nicaragua. Llega Hoover a la presidencia y para ser fiel guardián de la tradición educacional de Taft forma la constabularia. Ya sabemos que la constabularia nació y creció a imagen y semejanza del yanqui imperialista. Firme como organismo de conquista en Nicaragua recibe esa constabularia el tesoro civilizador que hasta entonces había tenido que custodiar el Departamento de Estado con sus milicias de mercenarios. Y el segundo Roosevelt entra a la presidencia de su nación encontrando custodiada la tradición que

dejara Taft por la flamante constabularia.

Ha respetado el segundo Roosevelt los principios defendidos por sus antecesores. De suerte que si la constabularia fué creada por el Departamento de Estado para evitar aquellos escandalosos desembarcos de milicias mercenarias, la constabularia tiene que encontrar siempre en el Departamento de Estado su aliado más seguro y fiel. La constabularia quiso imponer un candidato que fuera electo presidente de Nicaragua para el periodo venidero. Si eso quería la constabularia no era por antojo sino por inspiración superior. No hay que olvidar que la constabularia recibió del Departamento de Estado el tesoro que este organismo político custodiaba en Nicaragua. Saliendo un presidente constabulario el tesoro tan cuidadosamente defendido por el imperialismo yanqui continuaría intocado.

Y como otros nicaragüenses no se resignaron a ver en la constabularia ninguna de las virtudes que ella pregonaba, la condenaron. Si fueron o no sinceros en su condenatoria es cosa que sólo a esos nicaragüenses interesa. A quienes comentamos para revelar el fariseísmo del imperialismo del Departamento de Estado sólo nos interesa decir que la constabularia provocó el motín que acaba de pasar para imponer la política de conquista del Departamento de Estado. ¿En dónde entonces el respeto pregonado por el Secretario Hull en la nota difundida por sus diplomáticos? Puro fariseísmo.

Nadie que siga con los ojos abiertos la conducta tortuosa del imperialismo yanqui puede creer que el Departamento de Estado esté empeñado en no intervenir ni directa ni indirectamente en los asuntos internos de Nicaragua. Nadie puede creer que para el motín de los constabularios quisiera la cooperación de las demás repúblicas de la América nuestra como única forma de sofocarlo. Es puro fariseísmo. El Departamento de Estado hizo la constabularia para destruir y dominar al criollo por medio del criollo y para beneficio exclusivo del imperialismo yanqui. Pedirle que deshaga lo que esa constabularia va haciendo por afianzar de una manera permanente y total la factoría, es pedirle lo imposible. Por eso se puso al margen y con tal actitud indicó a los gobiernitos indiscretos que no debían malograr la obra admirable de la constabularia.

Los sucesos de Nicaragua hacen claro el hecho de que el Departamento de Estado es en estos tiempos el aliado incondicional de las milicias en América. Si no las forma con el espíritu constabulario, las apoya inmediatamente

que se avalanzan desde los cuarteles sobre el mando. Las apoya para hacer de ellas instrumentos de persecución y de exterminio del criollo que protesta contra el imperialismo yanqui. Cuba es el caso aleccionador. Un sargento con suerte controla las milicias a la caída del machadato. Inmediatamente el Departamento de Estado envía a Cuba a uno de sus fascinerosos de la diplomacia y este fascineroso atrae al sargento y lo convierte en ejecutor de su voluntad. Las milicias cubanas no tienen la organización de la constabularia nicaragüense, pero sirven sumisamente a los designios de los ejecutores del imperialismo yanqui. El cubano de honor sufre mayores males con el sar-

gento alentado por el diplomático yanqui que los que le causó el machadato.

Santo Domingo es también ejemplo claro. Allí dejó el Departamento de Estado formada la constabularia. Un constabulario provocó el motín que lo hizo presidente. Y el dominicano sufre persecuciones y despojos. La muerte lo espera por todas partes porque el constabulario que hace de presidente no sacia su sed de sangre. El Departamento de Estado mantiene la amistad más estrecha con el constabulario dominicano.

Y así en Guatemala, en El Salvador, en Honduras, en Brasil, en Uruguay, en dondequiera que el hombre de alma constabularia

se ha apoderado del mando. Y es que ya el Departamento de Estado no tiene en cuenta para apoyar a un gobierno otra cosa que el espíritu de sumisión que ese gobierno le demuestre. Y como el constabulario vive del apoyo que el imperialismo pueda darle, con el imperialismo está. No lo contraría y si no es de acuerdo con el Departamento de Estado que da los golpes en los motines, cuando ese Departamento de Estado lo busca a raíz de los golpes se echa en sus brazos aprisionadores para servirlo ciegamente.

Y no nos venga el segundo Roosevelt con sus teorías de no intervenir en nación alguna de América cuando los constabularios arman el motín para atrapar

el mando. Ya sabemos que esa es la cómoda teoría de estos tiempos en que realizada su conquista escandalosa ha pasado a la conservación de lo conquistado por medio de métodos silenciosos. El mayor silencio es apoyar al constabulario y decir luego que está a distancia de toda intervención. Las intervenciones se han hecho permanentes. Lo que ha cambiado es el modo de realizarlas. No creamos al segundo Roosevelt cuando en el caso del motín constabulario de Nicaragua nos viene con ese largo decir en que prona su más absoluta neutralidad. La conquista está hecha y deshacer lo que el constabulario realiza es deshacer esa conquista,

3 cuentos nuevos

Por ROMULO TOVAR

= Colaboración. Costa Rica y junio del 36. =

Un millón

El hombre con quien conversábamos era un hombre alto y fuerte. Muy varón. Pero de un espíritu aparentemente sencillo. Espíritu práctico, por excelencia. Lo positivo, lo positivo, era lo que a él le interesaba, y nada más. Le repugnaban los hombres teóricos. Es decir, no los comprendía. Enemigo natural, pues, de los intelectuales. La inteligencia, para él, se medía por su aptitud para sorprender rápidamente el hecho. Verdad es que se había formado en el comercio de hechos puros y simples. Se había dedicado a cortar maderas. Tumbaba los bosques nacionales por parejo, como una tempestad. Me parece que para esto se necesita de cierta impasibilidad de alma. Cortar árboles es como matar hombres. El árbol es expresión de vitalidad. Hay, en el árbol, a su vez, una cierta majestad varonil: son altos, como héroes de una leyenda, fuertes y robustos. Y cuando caen bajo el poder implacable del hacha, el eco de su caída resuena en el inmenso bosque como si hicieran ruido las poderosas armas de hierro de un viejo soldado. Este hombre

hacía caer los árboles por centenares. Cada día más y más. Se le había desatado este furor de agotar los antiguos bosques indígenas. ¿Qué sed extraña de aniquilamiento había en su alma? ¿Habría que creer en la reencarnación de ciertos seres dominados por pasiones desenfundadas? Habría que creer.

Entonces se encantaba contando la cosa. "Era un hacinamiento inmenso. El resumen de toda mi vida de esfuerzo. Había ejecutado este gran empeño. Allí terminaba mi tarea. La madera la tenía vendida en un millón de pesos. Los barcos venían a cargar los troncos. Pero hay incidentes pequeños, amigo, que tienen la magnitud de un mundo. Nunca me había pasado. Pero de esta vez, fué lo providencial. Hay que confesar esto. Todos los hombres que trabajaban conmigo, me querían. Nunca los exploté ni engañé. Los trataba como a amigos. Tampoco me engañaban ellos. Por eso, cuando alguno, poco familiarizado con mi temperamento, trataba de sorprender mi buena fe, yo perdía la cabeza. La perdí de esta vez,

de la manera más tonta. Se trataba de un hombrecillo menudo, seco, moreno, de un moreno de tierra sucia. Era del sur. Como muchos de estos aventureros, llegó hasta nuestro campamento. Había trabajado no sé cuántos días. Le liquidé su jornal. Se mostró inconforme. Protestó. Eso yo no lo permitía jamás. Era la indisciplina. Lo mandé a retirar. Lanzó una amenaza. Yo estaba acostumbrado a estas cosas. Dejé de verlo por mucho tiempo. Comenzó el invierno. Un invierno crudo e incesante. Llover y llover por largos días. Crecieron los ríos. Entonces tuve una rara impresión. Nunca había sido perjudicado por estos inviernos de la región. Me había acostumbrado a ellos. Casi los manejaba. Por lo menos sabía ser previsor. De esta vez, me entró miedo. Llovía como un diluvio. Las noches se hacían intensamente negras. Retumbaba el río. Pensé que de esta vez, me iría muy mal. Tampoco sabía yo de perder la fe. Todavía sé lo que es tener fe. Me ilusionaba con mi negocio. Me daría, sobre todo, independencia. ¿No es esto lo que buscamos todos? Para mí, era algo más que una esperanza. En mi fiebre de éxito, me parecía oír el lejano ruido de los barcos madereros. Pero, como alumbran los relámpagos, se iluminaba mi alma de una luz pavorosa. Siguió el río creciendo. Siguieron las noches negras. Por último vino el desborde. Aquella noche fué terrible. Todos mis hombres trabajaron como valientes. Honradamente. Pero el río se llevó toda la madera al mar. Aunque fatigado por la lucha, esperé la mañana para ver con mis propios ojos el desastre. Me conmovió el espectáculo. Me di cuenta, dolorosamente, del fracaso de mi vida. La victoria apenas me había rozado con la punta de su ala. En el mar estaba toda mi fortuna. Algunos o todos mis hombres se habían ido río abajo, en un vano empeño de salvar algo. Yo estaba solo. De pronto, en una pequeña altura vi al hombrecillo menudo y seco. Como yo, miraba al río. Pero adiviné todo cuanto pensaba. En su pequeño pecho se anidaba una tormenta de satisfacción cruel. Gozaba con mi ruina. Violentamente corrió al campamento, cogió el rifle y sin que el miserable hombre se diera cuenta, disparé contra él. Su cuerpo rodó hacia el río. Se fué mezclado entre los troncos. Nadie preguntó por él".

Y decía todo esto naturalmente. Sin énfasis. Como un cuento.

JOHN M. KEITH & Co., S. A.

SAN JOSE, COSTA RICA

AGENTES Y REPRESENTANTES DE CASAS EXTRANJERAS

Cajas Registradoras NATIONAL (The National Cash Register Co.)
Máquinas de escribir ROYAL (Royal Typewriter Co., Inc.)
Muebles de acero y equipo para oficinas (Globe Wernicke Co.)
Implementos de goma (United States Rubber Co.)
Máquinas de contabilidad MONROE
Refrigeradoras Eléctricas GRUNOW
Plantas eléctricas portátiles ONAN
Frasquería en general (Owens Illinois Glass Company).
Conservas DEL MONTE (California Packing Corporation).
Equipos KARDEX (Remington Rand International).
Maquinaria en General (James M. Montley, New York), Etc., Etc.

JOHN M. KEITH,
SOCIO GERENTE.

RAMON RAMIREZ, A.
SOCIO GERENTE.

Muy sencillamente

Don Nicasio había trabajado por muchos años en "la línea". Así se llama a la parte de la zona atlántica cruzada por la línea férrea y cubierta de bananales. La "línea" comprende un largo periodo de historia nacional. La historia de los trabajadores. Allí han vivido grandes masas de seres humanos en un recio combate con el ambiente. Los campos están sembrados de muertos desconocidos. Pero al fin el hombre se ha aclimatado victoriosamente. Don Nicasio es uno de estos hombres: ha caminado por las tierras fangosas; ha soportado los soles cálidos de la región; ha desafiado tempestades e inundaciones; ha visto las serpientes ceñidas a sus pies. Es el tipo del dominador. Inteligente, escéptico, entusiasta, alegre como un niño; habituado al sacrificio y a la muerte, ha terminado por no darle importancia a estas cosas.

Don Nicasio cuenta muchas veces incidentes de su vida allí. Le preguntamos secamente:

—¿Y usted nunca ha matado a un hombre?

¿Qué es matar a un hombre allí? La fiebre mata muchos hombres; las serpientes matan muchos hombres; las aguas torrentosas del Reventazón se tragan muchas vidas; los rayos del cielo hieren a muchos trabajadores. El nos contesta también secamente, de un modo sencillo:

—Sí, a un chiricano.

Esta de pie. Sonríe. ¿Habrá sonreído cuando mató al hombre? Cuenta:

—Era de mal ímpetu el hombre; muy altanero. Se enojaba por cualquier cosa y todo era disparar tiros. Yo era entonces autoridad. Una tarde de pago lo requerí para que se retirara del lugar. Provocaba a todo el mundo. Se me vino encima con su largo machete; pude quitarme el tiro mortal. Se armó de nuevo; se me vino a fondo. Casi me caigo. Me armé de mi revólver y a un nuevo ataque mal intencionado, le disparé un tiro.

—¿Le impresionó la escena?

—Nada... allí hay que matar cuando hay que matar. Además, yo era autoridad. Las gentes me querían.

Sonrió bondadosamente. Parecía más bien satisfecho de la totalidad de la vida. Aquello era un incidente.

El pecado de Victorino

Victorino le había pegado a su propio padre. La cosa la contaba el mismo Victorino con un si no es de tragedia y de humorismo endemoniado, casi cínico. Nos habíamos acostumbrado a preguntarle: —Victorino, ¿cómo fué que le pegaste a tu buen padre? Y él, casi siempre, respondía con un poco de sarcasmo: —¿Mi buen padre? Hombre, se lo hubiera deseado Ud., que es tan buena persona. Y después seguía la negra historia.

Victorino era de por allí de Candelaria o de Vuelta de Jorco. Un hombrecillo pequeño, de pocas carnes, muy ligero de cuerpo y de ojos chispeantes. Había vivido su mundo; no el de su vecindario apenas, al cual no pudo acomodarse fácilmente, sino un mundo lleno de viajes y de largas ausencias: El Colorado, Golfo Dulce, Talamanca, etc., etc. Y aun más allá: Honduras, Bluefields y hasta la costa atlántica de Guatemala. De muchacho le había venido el

deseo de rodar tierras, espontáneamente, o quien sabe por qué influencia. Después, el mal carácter del padre, contribuyó no poco a afirmarlo en la necesidad de abandonar el cafetalillo de la casa paterna. Y allá se fué, como Juan desterrado. De sus viajes sacó alguna cosa, cierta prontitud de espíritu y facilidad para hablar. Victorino se había hecho hombre en el trato con los hombres. Contaba los crímenes que había presenciado, como si fueran cuentos de caminos. Oyéndolo uno, en una noche de in-

vierno, en el cortijo de una casa campesina, mientras la noche se cierra completamente y suena la lluvia sobre los árboles, se veía un juego macabro de cabezas de negros o de chinos volando por el aire, de manos que saltan desesperadas, en un afán de asirse de algo y se oían quejas lamentables. Y Victorino decía las cosas, a veces, con una crudeza de cárcel: "andaba por el camino con las tripas de fuera como un caballo", "era un esbirro de la finca, y le cortaron la lengua como si fuera una chira de plátano", "la negra, enloquecida, le arrancó de un mordisco la nariz al negro".

—Victorino, ¿por qué le pegaste a tu tata?

—Casi lo mato; por poquito lo mato...

Un hermano mío, el menor, pobrecito, cuando vió al viejo en el suelo, me dijo: ¿Te habrás pasado en tata?

—¿Qué sé yo? —le dije. Ustedes tienen la culpa. ¿Por qué no lo amarraron a un palo? El viejo tiene sus caprichos. Los otros hermanos dicen que es bueno; que hay que perdonarle sus viarazas. Y aguantan palo, porque tata parece que hubiera sido cabo del cuartel en tiempo de Iglesias. Ya yo no estoy acostumbrado a todo eso. Me le zafé muy chiquillo y no volví sino como quince años después. Cuando llegué a casa, con lo primero que me salió fué: otro piojo; ahora que se murió la mama, se amontonan para matarme. Pero estoy acostumbrado a esta clase de hombres. Un poquillo de guaro, los pone locos y tata se había dado al guaro mucho más después de la muerte de mama. Quería a la difunta a su manera, onque nunca le pegó. Es verdad.

—Tata, vengo a que me perdone —le dije yo muy humilde.

—Que perdone ni que diablos. A ustedes, marranos, no los perdona ni Dios.

—No se encolerice... me atreví a insinuarle pa placarlo. Pero él que está tambaleándose en medio corredor, se vino a donde yo y pum, me lanzó una trompada.

—No importa, me dije, con tal de que no pase a más. Pero el viejo se incorporó.

—Ca... del demonio.

Yo me lancé al patio pa poneme en guardia. Qué caray, si me pega, le doy una sola lección. Se me vino como un toro, pero con la cutacha en la mano y plas, me dejó ir un planazo en la espalda que sonó como un trueno.

—El lo quiere. A mí me han dicho los machos, que cuando un hombre quiere que lo maten hay que matarlo. Saqué el cuchillo como un rayo y le dí al viejo media docena de cintarazos. Había que oírlo. Al fin, en medio del grito de las muchachas, cayó al suelo echo un montón.

—Victorino, me decía una hermana, andate. Tata te va a coger ojeriza.

—No me voy, Casilda, le dije: si yo no lo domestico les quita a ustedes toda la herencia.

A la mañana siguiente llamó a los otros hijos y les dijo:

—Levántenme, y vámonos donde el abogado.

No fué posible persuadirlo. Todo hecho una dolama y quejándose de rato en rato se vino a pie hasta San José y arregló las cosas. Lo demás, dijo, me lo bebo yo solo y a ningún hijo de mil... le importa.

Cuando cogí lo mío, una cochinateda cualquiera, porque entre tata y los abogados se fué casi toda la herencia de mama, me fuí del pueblo. Otra vez al mundo hasta que se muera el viejo o me muera yo.

**Cansancio mental
Neurastenia
Surmenage
Fatiga general**

son las dolencias
que se curan
rápidamente con

KINOCOLA

el medicamento del cual
dice el distinguido Doctor
Peña Murrieta, que

**"presta grandes servicios a
tratamientos dirigidos se-
vera y científicamente"**

INDICE



Libros que le recomendamos:

Salvador de Maradiaga: *Arceval y los ingleses*. Juicios póstumos sobre Inglaterra que escribió Julio Arceval. C 4.00

Pablo Neruda: *Residencia en la tierra*. Diez años de poesía (1925-1935). Dos Vols. 12.00

Agustín Aragón Leiva: *La ciencia como drama*. Ensayos de estética y de filosofía de la ciencia. 2.00

Fernando González: *Cartas a Estanislao*

Porfirio Barba-Jacob: *Rosas Negras*. (Poesías escogidas) 3.00

C. Wagner: *A través del prisma del tiempo* 3.50

El libro de Chilam Balam de Chumayel. Version maya de Antonio Médez Bolio 5.00

Lion Feuchtwanger: *El judío Suss*. Novela histórica 7.00

Teodoro Celms: *El idealismo fenomenológico de Husserl* 9.00

R. Louis Stevenson: *La casa solitaria* (Novela). 4.00

Boris Bajanov: *Al servicio de Stalin* 4.00

Salvador de Maradiaga: *La jirafa sagrada o El buho de plata*. Novela casi una fantasía 4.00

E. Giménez Caballero: *Yo, Inspector de alcantarillas* (Epiplasmas) 4.00

Dirijase al Adr. del Rep. Am.
Correos: Letra X. San José de C. R.
Calcule el dólar a C 6.50.

La literatura femenina de América

Victoria Ocampo

Por JULIETA CARRERA

= Envío de Félix Lisazo. La Habana, abril de 1936. =

Cuando leí, hace algunos años—1928—el libro de Victoria Ocampo "De Francesca a Beatrice", hube de preguntarme si esta mujer no sería un viajero, que a través del infierno, iba en busca de su propia alma. Y cuando ora en la "Revista de Occidente", ora en "Sur"—continué impregnándome de su espíritu, un espíritu que se tiende sobre la vida superior con el afán de acoplarla, concluí por ver en ella, no a una escritora, sino a un ser humano que se debate en el ansia de expresarse a sí mismo, de encontrar la respuesta simbólica a la interrogación en que se vuelca la sangre y le contiene el alma.

Pudiera muy bien decirse que la medida de Victoria Ocampo está en la búsqueda de su expresión. De pronto, salta esta mujer de su butaca del expreso, donde iba glosando la palpación de su apasionada inquietud, a través del apasionamiento de los otros; y, afianzada en la noción de los conocimientos adquiridos, se lanza a continuar el viaje a campo traviesa, el pie enjuto sobre la pampa de apariencia ilimitada. De mujer se cambia en peregrina. Trueca las botas de cien kilómetros de la locomotora por el báculo. Y a poco de dejar las férreas paralelas, se sumerge en un paisaje predilecto: su alma, que antes sólo percibía en parcelas. Y socavando en su alma, concluye por encontrarse cara a cara con América. Pero una América de matiz, de profundidad, ausente de las cosas espectaculares, y como sumergida en una promesa, en un ir marcando hitos al advenimiento de su propia fisonomía. Todo está en la actitud, en el pulso, en la fijación oportuna de los cambios de temperatura que separan al actor de quien lo contempla. Y una vez salvados, lograr la adecuada expresión.

En su primer libro: "De Francesca a Beatrice" exploración apasionada del mundo dantesco, no estamos, como pudiera creerse, en el reino de las sombras, sino en medio del hervor del mundo militante. Lo que Victoria Ocampo busca, es esa verdad última, esa vivencia en el amor, ese acto pleno de tener conciencia de las cosas. Tener conciencia. Eso es. No de las cosas en sí; de las cosas a través de su propia alma. Porque su característica última es la introversión. Una introversión tan acentuada, que la obliga a buscar en los otros lo más semejante a su vida psíquica. Así, cuando bucea en un libro, no busca tanto enriquecerse, como probarse, aclarar lo que ella siente, lo que está de acuerdo o en desacuerdo con su naturaleza.

De Dante, cuyo hechizo le ha impregnado la vida y de quien recibiera vital nutrimento, pasa Victoria Ocampo, siempre en busca de la propia y apasionada experiencia, de la explicación de sus sentires y querer, a establecer contacto con los viejos amigos. (Viejos porque idéntica palpación ha sentido en sí misma, desde tan hondo, y viniendo de tantas generaciones que ya ni lo recuerda. Amigos, aunque ya estén muertos y no los haya tratado físicamente, pero que poseyendo la simpatía del espíritu y el interés vital, pueden llamarse tales, con tanto mayor motivo cuanto que les liga afinidad de conceptos o semejanza de actitudes).

¿Quiénes son estas figuras que acuden al reclamo de Victoria Ocampo, mejor dicho,

a su evocación? D. H. Lawrence, Claude Debussy, Ortega y Gasset, Aldous Huxley, y tantos otros de categoría paralela, de quienes ofrece constancia en su libro "Testimonios". La escritora se ahogaba en su soledad, sin otro alivio que su apasionamiento. Ahora es ya suya la fascinación comunicativa, que se derrama en gavillas sobre las relaciones mentales, sobre el ser, y sobre la comprensión a fondo de los seres.

Cualquier idea viva, cualquier latido actual, cualquier obra en que el ser humano se transporte, arrancándose de muy adentro una nueva forma, es para Victoria Ocampo un punto de partida. En esto se diferencia del crítico. El crítico opera por agrupamiento de puntos de llegada. Y la escritora, en cambio, se despliega como un abanico de rutas vitales.

Estas reflexiones, consecutivas a su obra, alcanzan confirmación en su último ensayo: "Supremacía del alma y de la sangre". En él se enfoca hacia América la actividad de la ensayista. Pero no en enfocamiento directo, sino en forma alusiva, rastreando por los vericuetos del subsuelo espiritual. Llévame esto a dejar constancia del método seguido por Victoria Ocampo en toda su labor. El himno apasionado es en ella indirecto. De ese afán de conocimiento que la posee, de esa atmósfera mágica en que se mueve, de ese volcarse el alma, no puede medirse la tensión si no es condicionándose a desentrañarla bajo el triple aluvión del tema intelectual, del encanto metafísico y de la prosa lenta y controlada.

El ser humano posee necesidades superficiales y necesidades profundas. Las de Victoria Ocampo son de la última categoría. A satisfacerlas se encamina su labor. No es-

cribe por snobismo ni por actitud profesional. Escribe con ánimo de encontrarse, con objeto de darles salida, integrándolas, a sus necesidades más profundas. Nutrida con el tuétano de águila de los símbolos dantescos; moviéndose desde niña entre palabras francesas; impregnada hasta la raíz del espíritu de la más alquitarada cultura europea, no tiene nada de extraño que esta argentina, sea en la superficie, lo menos americana; pero en la profundidad,—¡ah, en la profundidad—, posee un perfil propio, una cierta indole de matiz, que bajo la costra mundialista, la vincula fuertemente a los horizontes anchos de América.

Hay muchas maneras de manifestarse y hay muchas formas de querer. En sus tres libros, en su labor desde la revista "Sur" o desde el puesto de directora del boenarense Teatro Colón, Victoria Ocampo, se ha mostrado a un tiempo mismo encantadoramente joven y encantadoramente americana: encantadoramente joven en su manera de ser americana. ¿Qué cosa ha hecho, después de todo, sino hablarnos de ella misma, a través de la máscara de los símbolos, de la máscara de otras vidas, del tamiz de las viejas palabras, como rejuvenecidas, en la delicia de su prosa? Su manera de manifestarse, es sirviéndose del trampolín de la palabra escrita. Para ella, cada libro es un acicate, cuando no un pretexto. La autora de "Testimonios" cuenta la lectura de un libro entre los fenómenos que pueden remover el alma. De cada autor cotejado,—cotejo en las semejanzas con el ser íntimo de Victoria Ocampo,—extrae su médula vital, le despoja de todo lo superfluo y apunta sus repercusiones en el pulso general de América. Este es su modo de querer. Una querencia filtrada en la mente, más hecha de añoranza que de visión directa, sentida a contra luz, en una cierta indole de introspección por vías subconscientes.

El conocimiento de América, no le viene por comunión, en forma poética o en sentir elemental de la tierra y de la sangre, sino en términos de distinción, es decir, en formas mentales, en concepto de verbo que mueve las fuerzas emotivas. Este es el rubro principal de su tragedia. No el de ser una desarraigada, sino el de moverse dentro de una atmósfera de exilio.

Voy a esclarecer esta aseveración. Max Daireaux en su "Panorama de la literatura hispánica", dice que Victoria Ocampo "sólo escribe en francés, llevando su coquetería al extremo de hacer traducir al español, por otros, lo que antes publicó en dicha lengua". Este caso solamente se ha dado en la escritora argentina con su primer libro: "De Francesca a Beatrice", no así con el resto de sus trabajos. Pero lo cierto es que aunque no haya publicado nada en francés, a partir de la interpretación de los símbolos dantescos, Victoria Ocampo lo escribe todo en ese idioma. ¿Snobismo? ¿Comedia? No. Las causas son más hondas y están justificadas. Aplicando a su caso la teoría freudiana de los recuerdos infantiles, topamos con el hecho, confesado por la autora, de que aprendió el alfabeto en francés, jugó, ha sido castigada, rezó y aprendió a amar en francés. Todos sus recuerdos de infancia y adolescencia se le aparecen expresados en esa lengua. A los veinte años, en lo concerniente a España, para decirlo con sus propias palabras "era de una ignorancia sólida y agresiva". Fué sólo el contacto con Ortega y Gasset el que le hizo descubrir las bellezas del español. De

INDICE:



Obras que puede utilizar:

- La Guerra de Nicaragua* escrita por el Gral. William Walker. Versión castellana de Ric. Fernández Guardia C 6.00
- Juan B. Lagarde: *El huerto escolar*. Obra escrita especialmente para enseñanza rural. Con dibujos de Formos. Un Vol. empastado 4.00
- Drs. E. Rioja y O. Cendrero: *Prácticas de Anatomía y Fisiología*. Un volumen pasta 4.00
- W. L. Eikenberry y R. A. Waldron. *Biología pedagógica* 6.50
- E. Rodríguez Pita: *Ejercicios de cálculo comercial*, adaptados a la técnica moderna mercantil, de Banca y Bolsa 5.00
- O. H. Donoso: *Programa de Derecho Civil*. Tercer Año. Estudio sintético de las materias que comprende. Universidad de Chile 5.00
- A. J. Schmieder: *Didáctica general*. (Fin, materia y método de instrucción) 6.50
- Pierre Bovet: *La paz por la Escuela*. Oficina Internacional de la Educación. Ginebra
- Salvador F. Seguí: *Tipografía Seguí* 3.50
- Díjase al ADR. de Rep. Am.
Correos: letra X, San José de C. R.
Calcule el dólar a C 6.50.

modo que el uso del francés en sus escritos, obedece a causales psíquicas, o a snobismos, a desarraigo.

"Desterrada de América en Europa, desterrada de Europa en América", lo que interesa a Victoria Ocampo, es salir de su aislamiento, comunicarse con los otros seres, transmitirles lo que ha aprendido a conocer de sí misma. Prisionera de otro idioma, porque en él se le ha aclimatado el alma, lo que quiere ante todo, es manifestarse como "un ser humano en busca de su expresión". El espíritu que rige sus palabras, en lo más hondo, en lo más íntimo, en lo más personal, es americano, en el sentido de lo que América tiene de "valor profundo y auténtico". Su América no es la seguidora sumisa de los poderosos, la que obedece tan sólo a las incitaciones de la reacción y la poltronería, sino la América espiritual, la que empapada de Europa, perfila no obstante su carácter propio, la que se emancipa de bajas pasiones, y con la fe puesta en los valores permanentes del espíritu, construye su porvenir sobre bases de cultura y comprensión.

En el análisis de Victoria Ocampo se advierte una armonía mística. No un misticismo católico, protestante o budista: sino algo más, porque es la pesquisa de la propia alma a través de las palabras de los otros seres, a través del mundo y de la sangre, a través del

espíritu y la inteligencia. Experta en almas en el sesgo de una frase, en una sugerencia, en el referir blando y lento, en el encanto del estilo, sería difícil para Victoria Ocampo escribir sin "charme", se siente latir la fiebre humana, la experiencia de quien quiere apasionadamente ciertas cosas; pero una fiebre trasladada a un universo cristalino, donde la apetencia de utilidad viene a ser "el único verdadero rostro del amor".

Aun en los temas enteramente consagrados al arte, como en la "Carta al arquitecto Erich Mendelshon", y en "Al margen de Wagner de Pourtalés", la lección de Victoria Ocampo siempre es de una profunda humanidad, de una comunicante, férvida y apasionada calidad humana. Que es decir, de ser humano que lucha, sufre y busca su expresión, y en los términos que arranca, en los períodos que acuña, en las palabras que filtra, no cesa de buscarse, y de buscar comunicación con los demás. Este es el secreto de todas las sugerencias, de todas las sugerencias de todo el encanto y de todas las limitaciones de su obra. Lectores de diversos campos se sienten atraídos por su apetito de conocimiento, o repelidos por cada uno de sus errores. En el choque contra su espíritu, contra la expresión de su espíritu, obliga a localizar una verdad. Tonifica o causa despego. Atrae o repele. No deja a nadie indiferente.

Poema

= Envío del autor. Isla de Tenerife. Mayo de 1936. =

Una mosca, una mosca verdadera.
Pero mágica, absurda.
Con dos alas de avión, rígidas, quietas.
Sosteniendo en la boca
una hélice lenta
de colores,
un molinillo de papel de seda.
Una mosca, una mosca verdadera.

Una mosca doctora
en Filosofía y Letras.
Una mosca explicando
Geografía de miserias.
Una mosca infantil de pechos diminutos
y de rosadas piernas.
Una mosca impasible, sutil, casi gloriosa
que suavemente me penetra,
recorriendo las largas galerías
de las venas,
los claros túneles de las arterias.
Y que al fin se detiene en la ancha plaza
del corazón, entre sus mieles presa.

(Yo, inmóvil, indefenso
ante la mosca aquella.)

Gutiérrez Albelo

Noticia de libros

(Registro semanal, extractos y referencias de los libros y folletos que se reciben de los autores y de las Casas editoras).

De ESTRELLA GENTA recibimos el 2.º volumen de sus *Cantos de la Palabra Iluminada*. Montevideo, 1936. Precede un estudio de Esther Parodi Uriarte de Prunell.

Con la autora: Duilio 1414. Montevideo. Uruguay.

Fray Mora Díaz, O. P. ha reunido sus artículos apologeticos y polémicos en un volumen: *El Cruzado*. Bogotá. 1934.

Isabel Cuchi Coll ha reunido en un tomo: *Oro nativo*, una colección de semblanzas puertorriqueñas contemporáneas. Santurce. Puerto Rico. 1936.

Con la autora: Isabel Cuchi Coll. Hipódromo 9. Santurce. Puerto Rico.

El profesor peruano José Antonio Encinas ha iniciado la BIBLIOTECA PEDAGÓGICA de las ediciones ERCILLA, con el libro: *Historia de las Universidades de Bolonia de Padua*. Santiago de Chile. 1936.

El profesor chileno Oscar Bustos, por la Secretaría de Educación de Costa Rica, ha sacado el libro: *El método de los test al servicio de la escuela activa*.

El conocido escritor colombiano Fernando González, ha comenzado a sacar una «manera nueva de panfleto filosófico», en forma de revista. Se titula: *Antioquia*. Será una serie económica de obras de F. G. Nos llega el primer número. Contiene este trabajo:

El triunfo liberal. Ensayo de sociología colombiana.

Librería editora y distribuidora de estos folletos: LA PLUMA DE ORO. Carrera 52, No. 435. Medellín. Colombia.

Raúl Roa ha sacado:

La jornada revolucionaria del 30 de setiembre. CULTURAL, S. A. Habana. 1936

Otros folletos útiles:

Antonio J. Bucich: *Homenaje a Juan Bautista Alberdi*. Buenos Aires. 1935.

Con el autor: Bolívar 1734. Buenos Aires. Rep. Argentina.

Ricardo Levene: *Salamanca de Ibero-América*. Folleto No. 21 de la serie Conferencias y Escritos, "Extensión Universitaria" de la Universidad de La Plata, 1935. Rep. Argentina.

Arturo Giménez Pastor: *Una época bonaerense. El Ochenta*. Santiago de Chile. 1935.

Envío del Instituto de Cultura Latinoamericana de la Universidad de Buenos Aires. R. A.

Rafael Heliodoro Valle: *Para la biografía de Hernán Cortés*. Santiago de Chile. 1935.

Guillermo de Torre: *Picasso*. Noticias sobre su vida y su arte. ADLAN. Madrid. 1936.
A. Boza Masdival: *Lo trascendente de Carducci*. CULTURAL, S. A. La Habana.

Carlos Endara: *Desde el Mirador de América*. La Dictadura y la Patria nueva. Quito, Ecuador.

Envío del Ministerio de Gobierno.

Alfredo L. Palacios: *Morgan y su libro "La sociedad primitiva"* Prólogo a la versión española. La Plata, 1935.

En la serie Extensión Universitaria (Conferencias y Escritos) No. 2. año 1935. Universidad Nacional de la Plata, Rep. Argentina.

A. Boza Masdival: *El sentido de la Poesía de Leopardi*. CULTURAL, S. A. La Habana. 1935.

El Sr. Boza Masdival es Prof. de Literatura Italiana en la Universidad de la Habana.

Del mismo autor y por la misma editorial: *Leonardo de Vinci, y Shaw y Pirandello*.

Como publicación de Ministerio de Instrucción Pública, Managua, Nicaragua y como envío de G. Alemán Bolaños:

Nicaragua, patria de Rubén Darío. Arreglo para libro de lectura escolar. Managua. 1935.

Del Prof. Antonio Serrano:

Etnografía de la antigua Provincia del Uruguay. Paraná. 1936.

Con el autor. Dirección del Museo de Entre Ríos. Paraná.

Envío de la Universidad Nacional de Tucumán, Rep. Argentina:

Bibliografía de Educación Pedagógica general y especial, Historia y Legislación Universitaria. Tucumán. 1935.

Ética y cultura forense. Por Francisco E. Padilla. Tucumán. 1935.

En la Edición NERVIO, Buenos Aires, 1935.

E. Levanti e Yvon: *¿Se construye el socialismo en la U. R. S. S.?*

Envío de Lysandro, Z. D. Galtier (Beruti 2333. Buenos Aires, Rep. Argentina):

Los orígenes ibéricos del pueblo judío, por O. W. de Lubicz Milosz. Versión de Lysandro Z. D. Galtier, Buenos Aires. 1936.

Nos llega:

Publicaciones de la Academia Guatemalteca. (Correspondiente de la Academia Española). IV. Guatemala, noviembre de 1935.

El mito de Colón, por David Vela. *Cuestiones críticas gramaticales*. Don Pedro de Lievana.

Envío de la Dirección Pública de Cundinamarca:

Antología lírica. (60 poemas colombianos). Escogió y comentó: Carlos Arturo Caparros. Bogotá, Colombia. 1935.

Extractos y otras referencias de estas obras se en darán ediciones próximas.

De «señor» a «señorito» hay más que la merma de un diminutivo. Es como si aquella palabra, acometida de neumotórax natural, perdiera su volumen de nobleza y se quedase en piltrafilla.

El «señor» tiene el ademán abierto para acoger y servir. No pide, sino que ofrece a los demás, a la comunidad, pues se lo manda su generosidad. Por esto no son sinónimos «señor» y «rico» o poderoso. En la última pobreza puede haber señorío y dignidad. El señor, pobre o adinerado, tiene alta la frente e ignora lo que sean doblez y deslealtad.

No así el «señorito», para quien la vida es una invitación a encaramarse sobre los otros y patearlos, si llega la ocasión. La voracidad ingénita le lleva a tomar como suyo lo que es del bien común y a desdeñar las normas de convivencia social. Le honramos excesivamente llamándole epicúreo pues no pasa de ser un dilapidador superficial. Tampoco ha de asimilarse el señorito al vago, ya que en éste cabe la contemplación, y hay santos en los altares cuya existencia fué una divina vagancia consurrida por dentro. Insolidario e insensible, el señorito se da en todas las capas sociales, lo mismo que el señor. Por eso hay señoritos chulos, chulos señoritos, llamantes señoritos pistoleros, indocumentados o con buena cédula, señoritos granujas de casino o de bar...

No son un producto de hoy los señoritos, pues entre los denunciados en la Historia pudiéramos señalar ya a los infantes de Carrión. Bien lo sospechaba el mismo Cid — el gran señor castellano — al solicitar el Rey para ellos la mano de sus hijas doña Elvira y doña Isabel.

Cuando lo oyó Mio Cid, aquel buen Campeador, un rato muy dilatado pensativo se quedó.

En esa su vacilación, consulta a los amigos leales Minaya y Pedro Bermúdez, y cuando ha de inclinarse ante la voluntad del Rey, le dice:

vos me casais a mis hijas
no soy quien las casa yo.

De ello no se podrán alabar los infantes, pues no ha de entregáseles con sus manos. El Cid no veía claridad en los pretendidos yernos, aun ignorando que los acuciaba sólo el apetito de la buena dote:

La prosperidad del Cid muy para adelante va;
le pediremos sus hijas para con ellas casar,
se crecerá nuestra honra y así podremos medrar.

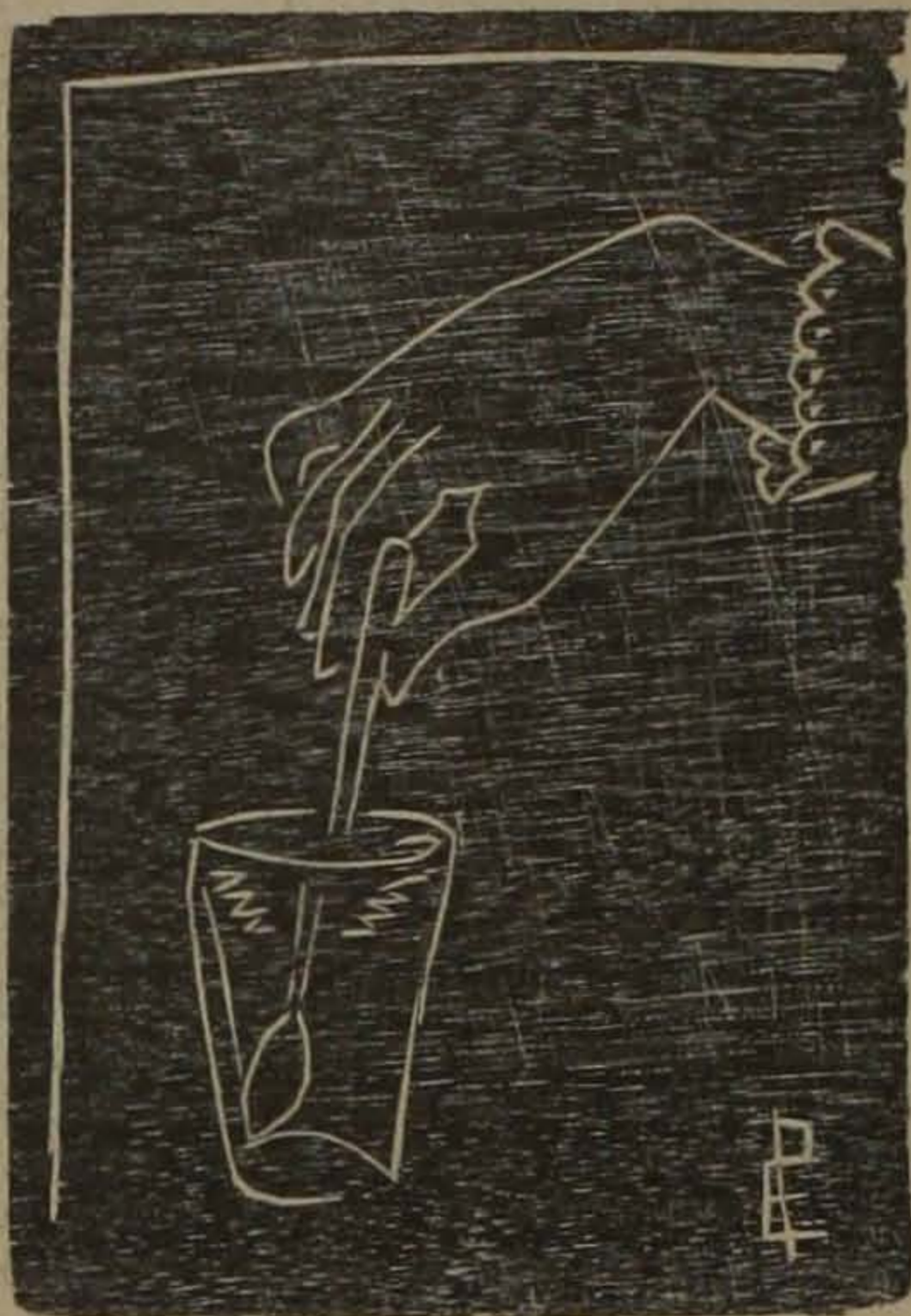
Ese afán de medro, sin reparar en los medios, denuncia al señorito de antaño y de hoy. Quizá alguien advierta que también el Cid usó del engaño en el cambiazo de las arcas de arena, por contantes marcos de plata y oro, a los judíos D. Raquel y D. Vidas; mas escuchemos su lamento:

Que me juzgue el Creador y que me juzguen sus santos;
no puedo hacer otra cosa, muy a la fuerza la hago.

Los señoritos

Por LUIS SANTULLANO

= De *El Sol*, Madrid. =



Agua de azúcar

Madera de Emilia Prieto

En otros lugares del poema — utilizamos la magnífica versión de Pedro Salinas — queda patente la nobleza del Cid; así, cuando deja libre al conde Ramón después de vencerlo. El conde, mientras cabalgaba, mira hacia atrás receloso:

Miedo tiene porque cree que el Cid se arrepentirá;
por todo el oro del mundo Mio Cid no haría tal.

Y no lo haría por ser un auténtico señor, un caballero de rudeza guerrera, cuyo eje espiritual es vástago de acero que puede

INDICE



Le recomendamos:

La revista *Cruz y Raya*, de Madrid. Con el Adr. de *Rep. Am.* consigue usted el ejpr. a ... \$ 3.00
También la revista *Sur*, de Buenos Aires, la consigue al precio de ... 2.50

Y ESTOS LIBROS:

Ch. D. Kepner y J. H. Soothill: *The Banana Empire*. Un vol. pasta. ... 10.00
El cuaderno *Poesías* de Francisco Amighe-tti, editado por el Centro de Amigos del Arte ... 0.50
Antonio Serrano: *Etnografía de la anti-gua provincia del Uruguay* ... 5.00
Suetonio: *La Roma escandalosa bajo los doce Césares* Ediciones ERGILLA ... 2.00
Enrique V. Galli: *El problema de la Cau-sa y el Código Civil argentino* ... 2.00
Francisco E. Padilla: *Ética y cultura fo-rense* ... 3.00

Dirijase al Adr. del *Rep. Am.*
Correos: Letra X. San José de C. R.
Calcule el dólar a \$ 6.50.

doblarse — en el caso de las arcas; — pero no se quiebra jamás. Los señoritos de Carrión se doblan, doblegan y descomponen en cada prueba. Ejemplo, la del suceso del león, ante el que huyen medrosos: el uno, se mete bajo el escaño; el otro, detrás de una gruesa viga. “y de allí túnica y manto todos sucios los sacó”. Como éste, otros feos momentos que no podemos registrar.

y porque siempre con risas los están escarmen-tando,
los infantes de Carrión tienen pensamientos malos.

De ahí la afrentosa y ruin venganza de Corpes, donde maltratan y abandonan a las hijas del Cid, después de quitarles los mantos y pieles, dejándolas en camisa y brial.

Ya no podían hablar doña Elvira y doña Sol. En el robledal de Corpes por muertas quedan las dos.

Todavía el cantar alude al ceñudo desseo contra el generoso Abengalbón:

Cuando ven tantas riquezas como el buen moro sacó,
allí entre los dos hermanos urdieron la traición.

La codicia de riqueza y goces les movía al atropello de toda noción moral. Los dineros no se guardaban en cajas fuertes de Banco, ni en carteras hinchadas de posibles negocios. Los infantes de Carrión no podían “estraperlizar”, claro es, sino ensayar los recursos de violencia que también y tan bien conocemos hoy. De donde deducimos que un salto de varios siglos, desde las alturas del siglo XII, puede no descri-marnos al caer en tierra blanda y de pie. Ya cerca de nuestros días habla Colmeiro de otros señoritos y de que “el ocio corrompió las costumbres, y hubo caballeros de milagro o de mohatra que andaban en hábitos de hombres de bien y hacían joyeles de oro y ropas de seda y no tenían otra ocupación sino jugar y hurtar”. No añade que gobernasen además; pero está probado que el señorito auténtico, cuando avanza en la edad, suele meterse a político y seguir con el desgarró de su vida, gravosa para el bien común. En político terminaría probablemente aquel caballere-te de veintidós años, de buen porte y presencia, que hospeda una noche al viajero Cadalso en su cortijo andaluz. Nada le solicita que pueda interesar a la comunidad: los bosques, el campo, la historia de la nación. “Qué sé yo de eso!” Ni le importa. Tiene un tío comendador, un primo cadete y un hermano canónigo que lo sabrán. A él le basta con poder deletrear un romance y tocar un polo: “¿para qué necesita más un caballero?” Con sólo eso puede un señorito alcanzar gloria y provecho, aunque perpetre alguna barbaridad, como ese caballere-te odiable, a quien los amigotes llegan hasta ovacionar: “¡Viva el señorito!”...

Vivirá él mientras padece la nación que lo soporta y aúpa.

André Gide y nuestro tiempo

Por JORGE CARRERA ANDRADE

= Envío del autor. El Havre. Diciembre de 1955. =

Las edades del cuerpo y las estaciones del espíritu se corresponden en Gide como en hombre alguno de estos años. Su juventud fué una primavera panteísta; su época estival —de los treinta a los cuarenta—, un prodigarse y un arder por la posesión del mundo; y ahora su otoño aleccionador y ejemplar, una revisión de su vida y de su pensamiento. Los que le conocíamos a través de **Los alimentos terrestres** no nos hemos sorprendido por su última "conversión a lo social". Esa poesía inaudita de la vida sencilla, esa exaltación de los instintos libres en un cuadro de simplicidad y de salud orgánica, guardaban ciertamente una oculta correspondencia con ese mundo nuevo —de orden racional y felicidad colectiva— que pretende construir el comunismo. Ninguna de las obras posteriores del gran escritor normando supera a esa su primera lección de despojamiento de los bienes terrenales y de solidaridad humana y cósmica. Mas, si nos ayudan esas obras a reconstruir el itinerario de su conciencia, en una ascendente parábola. "El inmoralista" y "Corydon" son la protesta contra la moral de nuestro siglo. "Si la semilla no muere" es la rehabilitación del sentido evangélico, "Viaje al Congo" constituye una pintura de la opresión colonial, los "Recuerdos del tribunal del crimen" significan el anhelo humano por una justicia más equitativa, y "Páginas de Diario" son el examen de conciencia del hombre moderno que, en medio de la confusa encrucijada de las doctrinas actuales, se ve obligado a escoger un camino.

Los adversarios de Gide creen hallar una contradicción fundamental entre su obra y su reciente adhesión al comunismo. En la discusión libre que se llevó a cabo últimamente en el local de esa admirable "Unión pour la verite" que gobierna al París intelectual desde la Rue Visconti, las figuras más representativas de la reacción—Jacques Maritain, Henri Massis, Francois Mauriac, Daniel Halévy, René Guilloin—expusieron públicamente sus argumentos contra este cambio de la fisonomía espiritual de Gide,

en quien reconocen sin embargo "a uno de los escritores contemporáneos cuya influencia ha sido más fuerte y durable, pudiendo compararse a Barrés o a Renán, pues representa como ellos un modo de vida, una actitud intelectual. Todos estos argumentos se han compilado en un volumen que acaba de aparecer: "Andre Gide y nuestro tiempo" (N.R.F. 1935).

Gabriel Marcel llama al creador de Nathanael "un ser de diálogo" por la lucha interior que libran en su espíritu el cristianismo y el paganismo y por su "cultivo metódico de la insatisfacción". Massis le

acusa de haberse adherido antes a la "Acción Francesa"—individualista y monárquica—, y a las doctrinas de Peguy y de Claudel, poetas católicos. Mas, en realidad, estos cambios dan mayor relieve al "horror del conformismo y la sed de conocer" que caracterizan a Gide. Jacques Maritain lleva el problema al campo de la interpretación religiosa. Según él, lo que hace patético el drama de la vida y de la obra de Gide, es una búsqueda incesante —a través de toda clase de vicisitudes— de los valores evangélicos, y al mismo tiempo una especie de impotencia para concebir el Evangelio en el orden de la vida eterna. Como en Dostoiéwsky, hay algo de evangélico aun en su esfuerzo por penetrar en el mundo subterráneo, en el infierno interior —dice Maritain—, una preocupación cristiana de redención. "Cristiana sin el sentido de más allá. Y sólo el cristianismo con su noción de eternidad puede redimir al mundo del dolor. Nuestra civilización no es responsable del estado a que ha llegado el mundo por su apostasia; y en lo que concierne a las condiciones del trabajo, al rechazo de la explotación del hombre por el hombre y a la dignidad obrera, hay valores de los que el ideal comunista se ha apropiado; pero que son cristianos. Los actuales creyentes esperan una cristiandad nueva que realice los valores evangélicos en el orden social y temporal". A estos argumentos responde Gide afirmando que, a consecuencia de seculares compromisos, el cristianismo ha hecho bancarrota y que si se hubiera impuesto a su tiempo y si la humanidad hubiera aceptado en toda su pureza la enseñanza cristiana, no habría en este siglo necesidad del comunismo, pues que no existiría siquiera la cuestión social.

He aquí el caso de un hombre que llega al comunismo por los caminos del sentimiento. De un cristiano protestante que se convierte a lo social no por un imperativo de certidumbre o de verdad "sino por un anhelo de sinceridad y vida auténtica". Su Nathanael evangélico se ha convertido en el "Camarada" de "Les nouvelles nouritures". Mas, cabe preguntarse, ¿será ésta la última etapa en el recorrido espiritual de quien escribió un día: **Nathanael, todo lo mirarás de paso y no te detendrás en parte alguna?**

OCTAVIO JIMENEZ A.

ABOGADO Y NOTARIO

OFICINA:

50 varas al Oeste de la Tesorería de la Junta de Caridad.

TELEFONO 4184 APARTADO 338

INDICE

Libros que pueden interesarle:

Federico Lunardi: <i>El macizo colombiano en la Prehistoria de Sur América</i>	3.50
Jorge Carrera Andrade: <i>Rol de la Manzanilla</i> . Poesías	3.50
B. Sanin Cano: <i>Indagaciones e imágenes</i> . (Son 16 estudios interesantes)	2.50
Carlos Wyld Ospina: <i>El autócrata</i> . Ensayo político-social	4.00
Jaime Torres Bodet: <i>Destierro</i> . (Poesías)	4.00
E. Erich Dwinger: <i>La fuga entre blancos y rojos o La tragedia rusa</i> . (1919-1920)	6.50
<i>Memorias del Canciller Principe de Bulow</i> , extractados por Felipe Villaverde	8.00
Alfonso Teja Zabre: <i>Historia de México</i> Una moderna interpretación	5.00

Dirijase al Adr. de Rep. Am.
Correos: letra X, San José de C. R.
Calcule el dólar a ₡ 6.50.

Como conocí a André...

(Viene de la página siguiente)

se marcharon a la playa. ¡Se hablaba de tantas cosas! De pronto, el aletargamiento del sol de los días anteriores se cambió en una actitud alerta. Gide decía continuamente a su sobrina:

—No te pongas tanto tiempo al sol.

Mientras, la sobrina preguntaba por qué tienen púas los cactus.

Las cosas de los intelectuales son como son. Hay que perseguirlos para que en un descuido nos descubran su secreto. Aquel día en la isla de Port-Cross no se descubrió el secreto de Gide.

Más adelante, su posición política le ha sacado del círculo de

amigos. Le he vuelto a ver y, más importante aun, a sentir. Sus palabras, al principio tan censuradas, le valieron un afecto auténtico y magnífico entre un nuevo público que no conoce "L'Inmoraliste". Se sabe que su opinión del mundo vale ahora por sincera, como lo era antes, y, además, por justa. La actitud de Gide, que hizo cacarear en los salones literarios a los ingenios de París, es la más noble y auténtica que ha adoptado un escritor de nuestro tiempo. "Somos algunos, somos muchos, los que no podemos admitir que el amor al país natal se nutra, sobre todo, del

odio a los demás países. Respecto a mí, me siento profundamente francés. Del mismo modo que pretendo ser profundamente individualista en pleno asentimiento comunista y con la ayuda misma del comunismo". Esto fué dicho en un magnífico discurso durante el último Congreso celebrado en París por la Defensa de la Cultura. En esa intervención marca André Gide la posición de un escritor comunista, revolucionario de nuestro tiempo. Junto a él, otros hombres de distintas tendencias políticas, pero todos ellos, conformes en la amenaza del fascismo y la guerra a la cultura, condenaron la actual historia del mundo. La frase más afortunada que en él se dijo correspondió a André Malraux: "El comunismo restituye al individuo su fertili-

dad". Se trata de pensar en la formación del hombre futuro. André Gide tiene fe. André Gide escribe en este momento la vida de un minero del Borinage. Su posición es tan leal, que escritores católicos como Jacques Maritain o José Bergamín no vacilan en creer en él de nuevo.

La casa de André Gide en l'avenue des Sycomores, ese rincón provinciano de la Ville Montmorency, no es ya un lugar de reposo. Llama mucha gente a su puerta. André Gide no es ya un escritor universal para grupos literarios; su nombre comienza a ser familiar para muchos analfabetos. Ese es el prodigio de una posición política. Y yo creo que Gide prefiriere mucho más el fervor ilusionado de los analfabetos, porque de ellos será el futuro.

Cómo conocí a André Gide

Por MARIA TERESA LEON

= De Todo, México, D. F. =

Los públicos extensos de habla española no estaban familiarizados con el nombre de André Gide. Las famas mundiales están llenas de sorpresas y de restricciones. En algunas preguntas hechas a los **no profesionales**, sobre si conocían o no a los mejores ingenios de nuestro tiempo, la masa de lectores descubrió grandes lagunas en sus conocimientos. Hasta de los siempre retratados, como Hitler o Mussolini, la memoria conservaba recuerdos muy borrosos. ¿Qué sucedería con Claudel, o Einstein, o Thomas Mann? La fama universal siempre es una admiración restringida de grupos profesionales. Al salir de su casa el hombre célebre, Verhaeren por ejemplo, puede ser atropellado por el tren, sin que el maquinista sospeche siquiera que acaba de destruir un refugio de la poesía internacional. André Gide estaba hasta hace poco tiempo en la admiración de los grupos literarios. De protestante se hacía católico, de católico se desilusionaba de las religiones reveladas, y se enteraban de ello los grupos de lectores de la "Nouvelle Revue" y alguna **concierge** leída, de las que no es difícil encontrar en Francia. André Gide, vivía sin preocuparse de los demás. L'Avenue des Sycomores era un buen lugar provinciano de esos que abre París de cuando en cuando para que no se oigan los bulevares. Pero un día se le ocurre hacer unas declaraciones. El extremista moral habla francamente de lo que cree y ha dejado de creer en la hora presente, y se atreve a hacer el elogio del comunismo. Antes de estas palabras, cuando estaba en pleno proceso de reedificar su fe, tuvo ocasión de conocerle.

Jules Supervielle es también un escritor francés que tiene varios seguidores entre los poetas mexicanos. Nació en Montevideo. El año 1931 conservaba aún un castillo o fortaleza militar en la isla de Port-Cross, en el Mediterráneo. La costa francesa se veía desde las terrazas que dan al mar por sus tres lados, dejando el cuarto para que la mirada escale el monte espesísimo que cubre la isla. Esparcidas en ella hay dos o tres fortalezas más. La más alta, desde donde se descubre el contorno total de los islotes del archipiélago d'Hyeres, se llama **La Vigie**, y vive en ella Paulain, director de la "Nouvelle Revue Française". Lawrence estuvo poco antes de morir en otra casita isleña, donde se contaba, sin li-



André Gide

teratura, la vida de una inglesa perseguida por un jardinero, vigilada por un marido ex-combatiente. Todo muy "Lady Chatterley". El propietario de la isla es un entomólogo auténtico. Va con su caza-mariposas y su cajita de lata a la espalda, y tiene largas y flacas las piernas, como los personajes de Julio Verne que se decidían a jugar con la ciencia de los insectos para hacer reír a sus sobrinos. Toda la isla es un misterio. No hay casas. En la bahía viven cinco o seis pescadores y doce veleros. Se prohíbe fumar, según dicen los carteles que llenan los bosques. Esto le llena a uno de estremecimiento, sobre todo cuando llega la noche y la costa francesa se corona de llama más con los incendios frequentísimos de los enormes pinares. ¿Qué sería de nosotros si empezase a arder la isla de Port-Cross? ¿Cómo echarnos al agua en los botes y lanchas viejas? Era esta una de las conversaciones preferidas cuando caía la tarde y se encendían las lámparas de carburo y la chimenea de campana. El poeta español Manuel Altolaguir-

re había inventado diversos planes de salvamento para casos desesperados de achicharramiento.

Nuestra vida isleña se dividía entre el sol y la sombra, como todos los descansos. En una isla casi misteriosa donde no hay autos ni bicicletas y el único animal permitido es un asno, la vida salvaje nos ganaba por momentos. Volvíamos a la naturaleza y esto lo demostraban nuestros cuerpos renegridos, cubiertos de rasgones de zarzas y picaduras. Se paseaban los libros de árbol a árbol. Caían sus hojas—las de los libros—, abarquilladas por el sol, y nadie podía unir dos palabras con un sentido literario decente. Eran las vacaciones. Las vacaciones es inútil complicarlas con la literatura. Nuestro mejor amigo era el asnillo de Paulain, con quien nos encontrábamos inesperadamente al sentirnos perseguidos por tribus caníbales perdidas desde hacía tiempo en nuestra infancia.

En fin, la isla de Port-Cross era una maravilla de inquietud y de reposo. Una mañana, entre las barquichuelas pescadoras, ancló

un "yacht". Venía limpio y blanco, recogiendo sus velas y parando sus máquinas. Revuelo. Julio Supervielle, que vestido de estafalario náufrago superviviente se dirigía con nosotros a la playa, lanzó un grito de sorpresa:

—¡Si es Gide!

Nos paramos en seco y vimos avanzar hacia nosotros un hombre delgado, vestido de oscuro, no muy alto, con las alas caídas de un sombrero jipi ocultándole los ojos del sol. A su lado venía una niña, en ese momento en que las niñas parecen potrillos: más lejos, un hombre alto de barbilla puntiaguda y rubia; una mujer gorda y enérgica y un hombre sonriente cubierto de manchas. La última en llegar, cuando ya todas las manos estaban estrechadas, fué una gran muchacha alta, vestida de overol azul, angular y enérgica como un electricista.

Los huéspedes fueron bien venidos. Al poco tiempo, todos los intelectuales en vacaciones rodeaban a André Gide. André Gide aun no había hecho sus declaraciones terminantes y definitivas en la "Nouvelle Revue Française". El Príncipe Mirski — aquel hombre de barba rubia que le acompañaba—, estaba escribiendo su biografía ejemplar de Lenin. El profesor de Oxford creía ya en los bolcheviques. El antiguo guardia blanco, desertaba del Zar para ingresar en la nueva vida. Largas conversaciones debían desvelar a aquellos dos hombres. Gide retraído. Mirski, un poco tartamudo cuando habla, abierto, alegre, socarrón. Como tercero en las conversaciones estaba Grotwisen, el filósofo holandés, cubiertas sus barbas de migas de pan y de manchas sus solapas, sacudido continuamente por su mujer, la mujer gorda, comunista convencida, militante casi feroz. El grupo era atrayente como un abismo. Todo el tiempo parecía poco para hablar con ellos. Mirski, en plena fiebre proselitista, charlaba de marxismo con Manuel Altolaguirre. Este, un poco horrorizado, sin comprender aquello, le huía la conversación, diciendo:

—Eso son cosas para los empleados de Hacienda.

Pocos años después, Manuel Altolaguirre escribiría su preciosa comedia "Entre dos públicos", con un tema social.

La terraza llena de rosas del castillo de Francois I estaba tan interesante, que nadie siguió a los más jóvenes cuando con la muchacha rusa roja del overol azul

(Pasa a la pág. anterior)